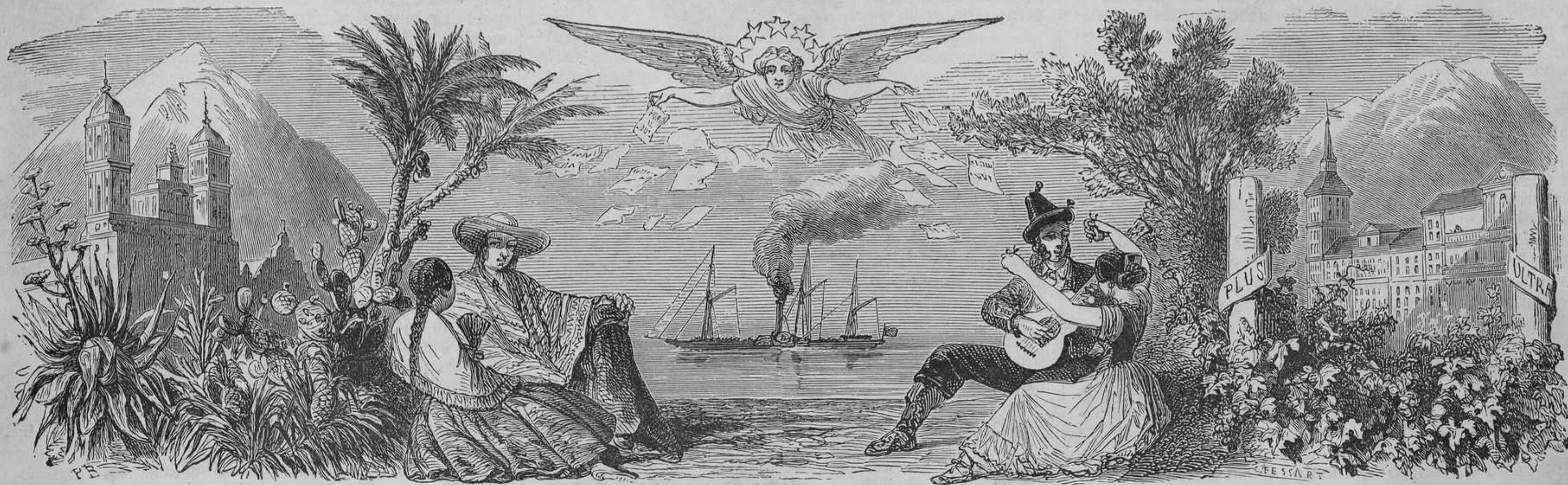


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 13. — N° 83.

SUMARIO.

Africa francesa; grabado. — Apuntes para un drama. — Revista de Paris. — Expedicion de Podor en el Senegal; grabados. — Teatro latino. — Las antenas del infierno. — Caminos de hierro en el Canadá. — Jubileo de Nuestra Señora de la Treille en Lila; grabado. — Margarita Pusterla. — Monografía de la corbata. — Lana vegetal. — El Rhin; grabados. — Perlas artificiales. — El camino de hierro del Pacífico; grabado. — Revista de la moda. — Pequeña estatua en bronce del siglo XV, representando á Juana de Arco; grabado.

Africa francesa.

Todo el mundo conoce las conquistas que la Francia ha realizado en la Argelia, sosteniendo durante muchos años una guerra que ha ilustrado muchísimos nombres,

oscuros ántes, y contribuido al estado brillante del ejército francés por la práctica constante de los preceptos antiguos y adelantos del arte militar. Esta guerra, tan importante á la Europa por lo que ha contribuido á la seguridad de las comunicaciones marítimas en el Mediterráneo y aun al Africa misma que empieza á conocer las ventajas de nuestra civilizacion, ha dado asunto á muchas publicaciones ilustradas, y continuamente el buril del artista trabaja para darnos una idea de aquellas regiones ántes desconocidas. Por el correo último hemos recibido un croquis que nos apresuramos á publicar sintiendo por la falta de espacio y sobre todo por el carácter literario de nuestro periódico vernos obligados á omitir los detalles del parte de operaciones que ha sido remitido al señor ministro de la Guerra. Este parte está fechado por el gobernador de la Argelia en el bivac general de los Beni-Hidjer, el 28 de junio. El general Randon, despues de haber anunciado la sumision de los Beni-Menguillos y de los Beni-Katen, recordando el éxito alcanzado en la expedicion del 20 de junio, de-

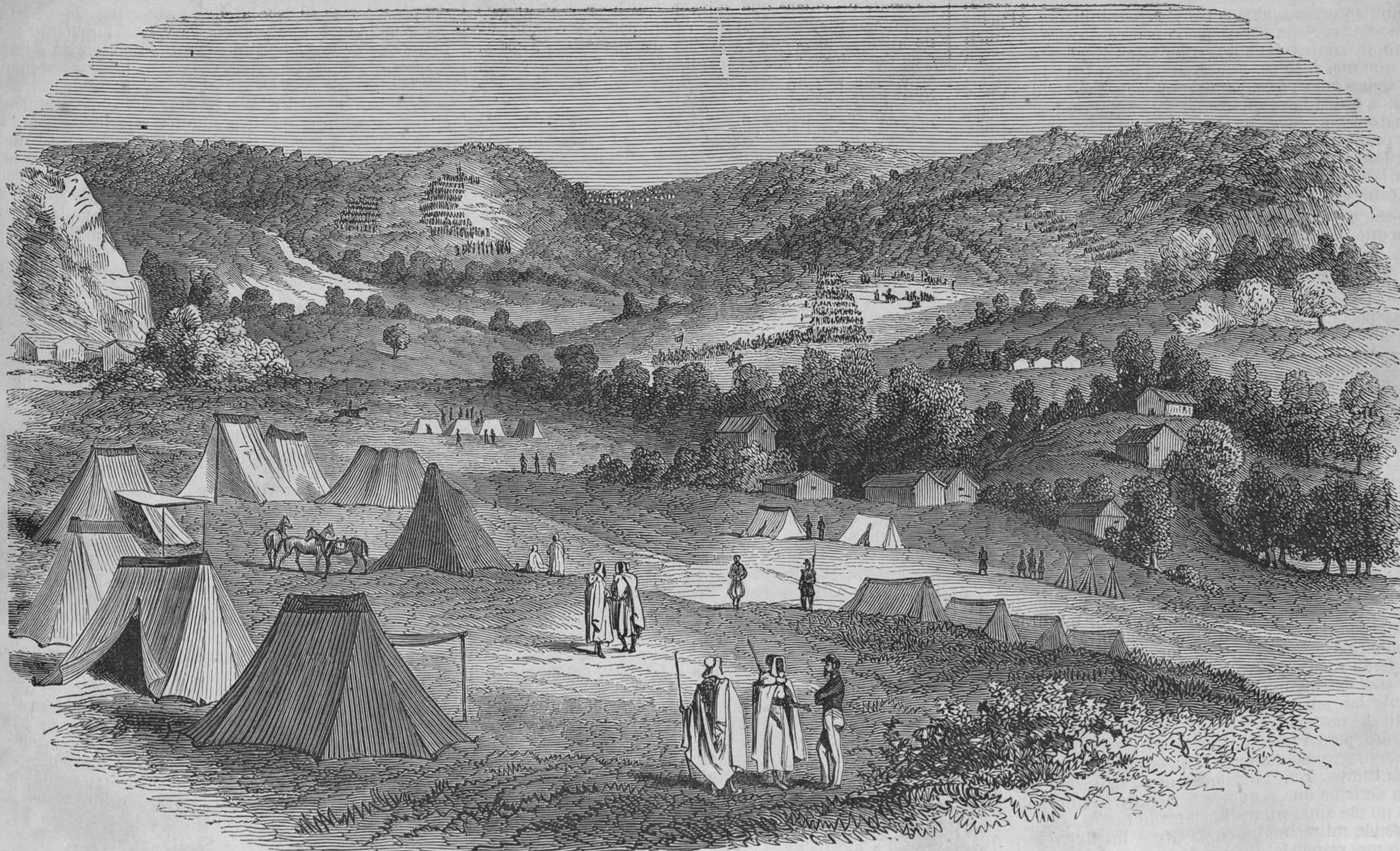
muestra la necesidad en que se halla de continuar la campaña con los Beni-Hidjer y otras tribus hostiles de esta comarca.

El general Randon, despues de algunas consideraciones sobre los felices resultados de su empresa, á pesar de los entorpecimientos ocasionados por la falta de caminos, termina su informe anunciando que las tribus de las orillas del mar, sometidas en el primer período de las operaciones, acaban de entregar lo que debian por las contribuciones de guerra que les habian sido impuestas.

Apuntes para un drama.

ACTO SEGUNDO. — CUADRO PRIMERO.

A la verdad, el acto primero de nuestro drama no nos habia interesado mucho todavía para sentir dema-



Expedicion del Babor en Kabilia.

siado su interrupcion. Sin embargo, tuvimos un gran placer en ver á nuestro amigo volver á poco rato diciendo que se habia equivocado al salir del café, y que volvía temiendo que se le conjelase la sangre, pues aquella noche justamente señalaba el termómetro diez grados bajo cero, y además corría un vientecillo por el boulevard, que no convidaba á disfrutar las delicias de un cielo estrellado. Nosotros felicitamos á nuestro amigo por su pronto regreso, aunque sintiendo el chasco que se habia llevado, y le suplicamos que continuase su narracion, que si hasta entónces no era demasiado interesante y nueva, tenia la originalidad de brindarnos hasta cierto punto en el café las emociones del teatro.

¡Flaquezas humanas! La vanidad deja de ser un vicio desde que se ha hecho un defecto tan comun en los hombres. Nuestro amigo, viéndose invitado á continuar el relato de su drama, llegó casi á pensar que el asunto le pertenecía, como esos traductores de comedias que salen á las tablas á recibir los aplausos debidos á los autores. Nosotros le dejamos pavonearse un poco, y prestamos una profunda atencion cuando tomó de nuevo la palabra para referir lo que pasó despues de la boda de Sofia y de la muerte de su padre.

« Consideren Vds., dijo nuestro amigo, el efecto que produciría en la recién casada el descubrimiento que acababa de hacer. Méenos habia sentido la muerte de Alberto que su olvido; pero cuando se convenció de que su difunto amante la habia profesado el mismo amor hasta el último momento de su existencia, no sabia como reprenderse la ligereza con que le habia acusado de inconstante. Leia y releía las cartas de Alberto, no comprendiendo como habian podido llegar á manos de su difunto padre. Sin embargo, á fuerza de pensar en ello, y teniendo en cuenta que tambien su amante se quejaba de no haber recibido las varias cartas que ella le habia escrito, dedujo muy lógicamente que el secreto de la amorosa correspondencia habia sido revelado por la infiel criada. Parecía imposible que esta hubiese correspondido con tan negra ingratitude á los favores que la dispensaba; pero así suele suceder; casi siempre recibimos el daño de quien debiamos prometernos el favor. « Además, decia para sí Sofia, mi padre pudo muy bien interceptar las cartas que Alberto enviaba para mí, aunque con el sobre dirigido á mi criada; pero no las que yo escribia para Alberto, porque estas yo misma se las daba á Francisca para que las echara en el buzón. » Se me habia olvidado decir á Vds. que el nombre de la criada era Francisca.

— No en vano, dije yo, hay unas coplas que acusan á las Franciscas de vocingleras.

— Y á las Tomasas de perezosas, añadió un individuo de la reunion.

— Pero cuando Sofia sintió mas vivamente todo lo ocurrido, continuó el narrador, fué á los quince ó veinte días de verificado su enlace con el baron de Sevres, y voy á decir porqué. Hallábase un día sola en su gabinete, llorando como de costumbre, pues solo hacia esfuerzos por contener las lágrimas delante de su marido á quien no queria disgustar, cuando entró Francisca, trémula y como agobiada por el remordimiento. Al principio estuvo Sofia por despedir bruscamente á la infiel; pero se contuvo cuanto pudo, y lanzando una mirada en que mas bien se retrataba el dolor que la cólera, « ¿tienes valor, dijo, para presentarte delante de la persona á quien tan cruelmente has vendido? » A estas palabras que revelaban por el acento el dolor de quien las pronunciaba, cayó Francisca de rodillas pidiendo perdon y llorando tambien amargamente. Tan viva era la expresion de su sentimiento, que la misma Sofia se conmovió, y alargándola la mano:

— Sí, dijo, te perdono, porque á pesar de tu conducta veo que tienes todavía lágrimas para llorar mis penas.

— ¡Ah, señora! exclamó Francisca, siempre ha sido Vd. demasiado buena para mí.

— Al ménos creo que no te habia dado motivo ninguno para portarte como te has portado conmigo.

— No, señora, ninguno.

— Así, tu conducta...

— Señora, ya Vd. me ha perdonado.

— Es verdad.

— Y además, en muestra de mi arrepentimiento, vengo á entregar á Vd. esta carta que acabo de recibir.

— Tomó Sofia la carta, dijo el narrador, y perdió por algunos instantes el conocimiento al reconocer la letra de Alberto. Vuelta en sí, quiso leer la carta, pero sus ojos preñados de lágrimas no se le permitian. Entónces Francisca, conmovida tambien, pero no tanto que no pudiera ver y pronunciar, deletreó lo que van Vds. á oír: « Mi amada Sofia: Habia jurado no volverte á escribir, pero aunque he podido sobrevivir á una herida grave, no he tenido fuerzas para guardar mi juramento justificado por tu inconcebible silencio. Yo he sufrido una herida tan terrible, que durante algunas horas me creyeran muerto, pero por desgracia vivo todavía, como si el destino me quisiera hacer apurar indefinidamente las amarguras de tu olvido. Convencido estoy de tu inconstancia; veo que eres indigna de mis recuerdos, pero á pesar de todo te amo, y creo que solo un efecto magico del amor es el que ha podido arrancarme de la tumba. Ten la bondad de contestarme, siquiera para decirme que renuncie á mis sueños de felicidad, que no me amas ni me has amado nunca, y que hasta te ofende mi memoria, en la firme inteligencia de que si no me respondes tomaré todas estas suposiciones a

pié de la letra, y el desengaño me dará valor para no volver á molestarte. — Tuyo hasta la muerte. — Alberto. »

— ¡Hola! dije yo interrumpiendo al narrador, parece que la cosa se va complicando: confieso que me empieza á interesar el drama.

— Mi amigo se sonrió aceptando con amable sonrisa el piropo que creia merecido, y continuó:

— Considere Vd. la sorpresa primero y luego el sentimiento de la indignacion que debió apoderarse de la pobre Sofia oyendo el contenido de esta carta. Levantóse de pronto, arrancó á Francisca el papel de las manos, y despues que lo desgarró la tiró los pedazos á la cara.

— ¡Cómo! exclamó, ¿no contenta con tu traicion que me ha condenado á un infortunio perpetuo, tienes la crueldad de venir á acibarar mi vida con esa tardía revelacion?

— Señora, dijo Francisca, yo no se lo que he hecho; suplico á Vd. de nuevo que me perdone, pues lejos de querer ofender á Vd. trataba de reparar los males que antes habia causado.

— ¡Monstruo! ¿Crees tú que esos males pudieran ya tener reparacion? ¿Qué fin te has propuesto al traerme ese papel? ¿De qué modo te proponias tú reparar los males anteriores?

— Yo, señora, creí que Vd. queria conocer la situacion de Alberto y continuar su correspondencia, para lo cual venia á ofrecerme, jurando servir á Vd. en adelante con la mayor lealtad.

— ¿No sabes, infame, que ya no puedo ni debo seguir esa correspondencia? Pero ¿qué otro consejo pudiera yo esperar de una mujer como tú? Quitate de en medio y no vuelvas á tener la insolencia de dirigirme la palabra.

Y como Francisca insistiese en no marcharse, Sofia se alejó dejándola anonadada entre el dolor y la vergüenza. Cubrióse los ojos con un pañuelo para enjugárselos; permaneció así algunos instantes, y al ir á retirarse de aquella casa donde no debia volver á entrar, apareció el baron de Sevres, que la preguntó la causa de su agitacion.

— Explicame, dijo el baron, á qué has venido y lo que aquí ha pasado.

— No hay nada, señor, he venido á ver á la señora, y como hace tanto tiempo que no la veo, mis ojos se han inundado de lágrimas.

— Cuéntame la verdad: yo he llegado á saber que tu ama tenia un amante ántes de casarse conmigo, y que tú servias de instrumento á sus confianzas.

— Le juro á Vd., señor, que mi ama no ha tenido ningun amante.

— ¡Mientes! dijo Sofia presentándose en la habitacion: esta mujer, añadió dirigiendo la palabra á su marido, esta mujer falta á la verdad: ella sabe que hay un hombre en el mundo á quien yo amaba sobre todos los seres de la tierra; ella se encargó de facilitarme los medios de corresponderme por escrito con ese hombre, y tuvo la infamia de vender este secreto á mi padre; ella es la causa de que yo haya contraído tan precipitadamente un enlace que miraba con horror y al que desgraciadamente tengo que resignarme, y como si ya no hubiera hecho lo bastante para merecer la execucion del mundo, ella es la que hace media hora vino á enterarme de que vive aun el sér adorado á quien yo juzgaba muerto.

— De modo, señora, dijo el baron, que solo vivís á mi lado por pura resignacion; que vuestro deber conyugal es un verdadero sacrificio, en una palabra, que mi presencia debe inspiraros horror.

— No por cierto, señor baron: yo conozco las virtudes del hombre á quien me ha unido la suerte, y no podría recompensar con el aborrecimiento las bondades de vuestro corazon. Me consta la noble fraqueza con que habiais hablado á mi difunto padre, aconsejándole á romper su compromiso á pesar del amor que me profesabais; he podido apreciar, en fin, los solícitos cuidados con que me demostrais un cariño que no merezco de vuestra parte, y la generosa confianza que en mí habeis depositado. Sois, pues, el hombre mas digno que el destino pudiera depararme, y yo sabré hallar en el fondo de mi alma virtudes que correspondan á vuestras hermosas cualidades; pero por vuestro reposo y el mío procurad que vuestra esposa no vuelva en su vida á ver ni oír hablar de su primer amante.

— Mas sencillo será, dijo el baron, que no vuelva á ver ni oír hablar de su primer marido.

Y diciendo esto, el pobre baron se separó de su mujer á quien estaba dispuesto á sacrificar su felicidad y su vida. Cerró tras sí la puerta del gabinete, quitando á Sofia la posibilidad de seguirle, y bajó precipitadamente la escalera, perdiéndose pronto entre la multitud que llenaba las calles de Paris. Francisca estupefacta con lo que pasaba y arrepentida de su venalidad, pidió á su ama permiso para retirarse luego que lograron descerrar la puerta.

— Anda, dijo Sofia, y que Dios te perdone los sinsabores que me has causado.

— Creo, contestó Francisca, que Dios dará su perdon á mi arrepentimiento. Pero, señora, ¿deberé renunciar enteramente al perdon de Vd.?

— No, repuso Sofia, yo te lo perdonaré todo con tal que me ayudes á buscar á mi marido.

Y las dos pobres mujeres se confundieron pronto tambien entre la muchedumbre, guiadas por el laudable propósito de encontrar al infortunado baron de Sevres. La escena quedó vacía, y terminado si se quiere el cuadro primero del acto segundo.

CUADRO SEGUNDO.

Antes de entrar en la exposicion de los sucesos correspondientes á este cuadro, el narrador encendió un puro para descansar, y luego que hubo soltado algunas bocanadas de humo, continuó del modo siguiente:

— Algunos meses mas tarde ocurría una escena en la plaza de la Bastilla, que merece describirse por la conexion que tiene con lo que iba refiriendo. Un jóven como de veintidos años, buen mozo y bien parecido, aunque algo desfigurado el rostro por varias cicatrices, desembocaba en dicha plaza por el *Faubourg Saint-Antoine*. Este jóven era Alberto que habia pedido licencia para volver á Paris, donde se proponia buscar á todo trance á Sofia, contento de poder ofrecerla un porvenir si la encontraba soltera, y decidido á hacerla apurar el cáliz del remordimiento si le habia olvidado. Absorto en sus ideas, caminaba nuestro héroe sin levantar apenas los ojos, cuando vino á atajarle el paso una fúnebre comitiva. Este encuentro de tan mal agüero causó naturalmente al viajero una dolorosa impresion.

— Es cosa triste, dijo Alberto para sí, que al llegar al término de mis esperanzas, el primer objeto que se presenta á mis ojos sea la imágen de la muerte.

Preocupado con esta idea, se acercó á uno de los que marchaban en el fúnebre séquito, y preguntó quién era el difunto.

— Es la jóven baronesa de Sevres, respondió el desconocido.

— No tengo el honor de haberla conocido, repuso Alberto.

— Puede que Vd. la conociese por su nombre propio, añadió el otro; si hace mucho tiempo que Vd. falta de Paris, no es extraño que la desconozca por su título, pues apenas hace un año que se casó con el baron.

— Tal vez, dijo Alberto, ¿sabe Vd. cuál era su nombre?

— Sí, señor; se llamaba Sofia.

Al oír este nombre sintió Alberto que le daba un vuelco el corazon.

— ¿Podria Vd. darme mas pormenores acerca de la difunta?

— Sí, señor, como que era vecina mia, y su criada me ha puesto al corriente de todo lo concerniente á la familia. Parece ser que esta pobre jóven se casó hará un año con el baron de Sevres á quien no amaba, lo cual ha producido algunos disgustos en todo este tiempo. El baron es tan bueno, sin embargo, tiene un fondo tan noble, que á los pocos días de casado trató de divorciarse indirectamente huyendo de la Francia, solo porque habia sabido que su esposa conservaba inmaculada en su alma la memoria de un primer amor.

— Luego esa jóven se habia casado por fuerza.

— Indudablemente, se casó por obedecer á su padre que habia concebido el capricho de la boda; pero vamos al caso. Una vez casada Sofia, se propuso ser buena esposa, y así cuando el baron huyó para dejarla en completa libertad, ella hizo todas las diligencias imaginables para encontrarle hasta que lo consiguió, auxiliada en su empresa por su criada. Admirado el baron del proceder de su esposa, que le buscaba por deber á pesar de haberle manifestado la verdad en cuanto á la llama inextinguible de su primer amor, volvió á reunirse con ella procurando con sus bondades fomentar por la simpatía una virtud que solo se fundaba hasta entónces en el deber. Por fortuna suya tuvieron hará dos meses un hijo que debia ayudar poderosamente á estrechar los lazos conyugales; pero cuando el baron empezaba á solazarse con esta lisonjera esperanza, llegó la muerte, y arrebató á la pobre Sofia en la flor de sus años.

— ¿Y no podria Vd. decirme algo acerca de las otras personas que intervienen en esa lugubre historia?

— ¿Qué personas?

— El amante, el padre de la víctima y hasta la criada.

— La criada es una buena pieza que tuvo la culpa de todo, pues parece que era la encargada de la correspondencia de Sofia con su amante, y vendió este secreto al padre de su señorita. Lo único que sé de ella es esto y que se llama Francisca. El padre de la difunta era un viejo raro, cuyo nombre no recuerdo, y que segun dicen tenia mucho apego á las cosas materiales, razon por la cual queria que su hija perteneciese á un hombre cualquiera, con tal de que este fuese rico ú ocupase una buena posicion social. En fin, respecto del amante no sé sino que se llama Alberto, y que anda haciendo prodigios de valor en el ejército de Argel.

Un sudor frio bañó la frente de Alberto al oír este relato que destruía todas sus ilusiones. Exhaló un grito de dolor y cayó redondo en el suelo. Varias personas acudieron á su socorro, y emplearon los medios aconsejados por el arte para hacerle recobrar el conocimiento; pero cuando el desgraciado volvió en sí, tuvo el sentimiento de ver que el féretro habia desaparecido, y aquel bravo que tan grandes pruebas de hombre habia dado entre los árabes, se puso á llorar como una madre cuando acaba de perder al último de sus hijos.

A este punto llegaba mi amigo cuando sentimos algunos gritos en la calle. Salimos á ver lo que ocurría, y encontramos un hombre á quien acababa de acometer una pulmonía fulminante; pero renunció á describir este episodio por no distraer al lector del asunto de nuestro drama, que debe dejar correr aquí el telon del acto segundo.

J. M. VILLERAS.

Revista de Paris.

Por fin llegó el buen tiempo á favorecer las excursiones veraniegas. El miércoles último sus majestades imperiales salieron para Biarritz, en la frontera de España, donde la Emperatriz piensa tomar los baños de mar; el Emperador volverá en el mes próximo para ponerse al frente de las tropas del campo militar de Boulogne. Con este motivo las familias más encumbradas del Estado se preparan á pasar el estío en los Pirineos, que es la parte de Francia menos conocida de la elegancia parisiense. Los hijos de Paris profesan muy poco amor al Mediodía; el Norte es superior en todo para ellos, y hay muchos que creerían degradarse si pasaran un verano en Bayona ó en Marsella. El fuerte ó el flaco de los bañistas es la Alemania, y sobre todo las orillas del Rin, donde la moda reina en soberana todos los años. Baden, Wiesbaden, Aquisgran, Ems, Spa, Kinsingen y Homburgo son los puntos predilectos de la gente que deserta Paris bajo el pretexto de tomar las aguas minerales. Cada lugar de estos, sin embargo, tiene sus hábitos particulares; cada fuente tiene su régimen distinto; la Facultad de Medicina lleva su complacencia hasta el extremo de variar los placeres de sus tratamientos. En Aquisgran, verbigracia, no se guarda la dieta; el enfermo bebe, al contrario, para entrar en ganas, y todos los días los paseantes matinales de *Borcette* devoran tantas chuletas como vasos de agua gaseosa. En Spa, el régimen es caballeresco; en cuanto raya el alba, todo el mundo monta á caballo, hombres y mujeres, sin distinción de clases ni de edades; la receta manda correr al galope para sanar pronto; sin embargo, se bebe mucha agua porque la digestión se opera con presteza.

En Ems, el tratamiento no es tan tumultuoso; aquí se reúnen ordinariamente los diplomáticos valetudinarios, y los príncipes alemanes que tuvieron demasiada afición á la ruleta. En Homburgo se vive de un modo primitivo que revela la inocencia de su reciente civilización; un ómnibus inmenso, que lleva el nombre de *elefante*, y que recuerda por su forma el antiguo caballo de Troya, se llena á ciertas horas de bebedores poéticos que se pasean en el faeton, de pradera en pradera y de sombra en sombra, por entre los bosques casi vírgenes que allí se encuentran.

En Kinsingen la política y la higiene son inseparables á tal punto, que todo tratamiento pasaria por incompleto si no se le ayudara diariamente con algun protocolo despues de los primeros vasos, y con un buen ultimatum al acostarse el enfermo.

En Wiesbaden no se bebe mucho, pero en cambio se caza en demasia, y por último en Baden se usa un poco de todo, por la simple razon de que en Baden hay para satisfacer todos los gustos; el único régimen de ese lugar predestinado es el placer, el que se divide bien, se cura.

Nada dirémos de Pyrmont, de Schwalback, de Kreuznach, y de tantas otras aguas más ignoradas ó solitarias, porque la moda no las ha inscrito aun en su libro de oro; los puntos indicados son suficientes para la emigración de los bañistas y bebedores de agua que abandonan las márgenes del Sena por esos sitios encantados.

Pero hay personas que salen también de Paris con otro objeto que el de tomar baños, y que emprenden viajes algo más grandes. La California y la Australia han hecho un gran vacío en la población parisiense, vacío que se nota en todas las clases, pues no solo se van los trabajadores, sino que se van muchos de los que no trabajan. La emigración de los elegantes sin dinero continúa, y no hay mes en que dejen de señalarse algunas marchas. Es el mejor partido que pueden tomar; todo les impele hacia esos climas afortunados.

Un joven que habia agotado todos sus recursos, logró que le descontaran un pagaré de 4,000 pesos fuertes días pasados, á pesar de su mala fama en cuanto á crédito; pero bueno será ilustrarnos sobre el modo que emplean los usureros de Paris para descontar el papel de los pródigos. Nuestro joven recibió sus 4,000 pesos fuertes, 100 en metálico y lo demás en mercancías incoherentes; todo su cuarto estaba lleno de quincallería, ropa blanca, muebles, objetos de arte, etc., etc.

Se cuenta, y abrimos un paréntesis, que un novelista francés muy afamado, conserva un ataúd en un rincón de sus vastos aposentos, amueblados con un lujo de príncipe, y que cuando alguien le pide la explicación de este capricho fúnebre, responde como sigue:

— Conservo ese ataúd en memoria de un préstamo que me hizo en mi juventud un usurero; entre los artículos de comercio que me dió en vez de moneda, vino esa caja que me sirve para guardar mis pantalones hasta tanto que guarde mi cuerpo.

Aquí acaba el paréntesis y sigue nuestra historia.

Por casualidad, un tío que tenia el joven en cuestion, entró en aquel bazar con ánimo de hacer á su sobrino una visita, y para echarle de paso una reprimenda sobre su conducta.

— ¿Qué significa todo eso? le preguntó asombrado.

— Ya lo ve Vd., querido tío, son mercancías que he comprado.

— ¿Y para qué?

— Para venderlas en Australia.

— ¿Tú?

— Yo mismo, respondió el sobrino que no carecia de presencia de ánimo.

— ¿De veras? Pues te aseguro, hijo mio, que has tenido una idea magnífica; no hacías nada bueno en Paris, y en Australia quizá sentarás la cabeza.

Y el buen tío dió su bendición al mal sobrino. Sin embargo, la bendición significaba poco para el calavera, y quiso ver si no podria sacarle algo de más importancia.

— ¿Porqué no convertiré en realidad esta mentira? se dijo para sí: el cielo me ha inspirado la idea de ese viaje cuando vi entrar al tío; ¿dónde podré colocar mejor esas mercancías que tendria que dar casi por nada? ¡En Paris la ruina, en Australia la fortuna! ¡Cúmplase el destino!

El sobrino no titubeó, y se ha marchado para la Australia, despues de haber obtenido que su tío añadiera 500 pesos más para los gastos de la travesía.

Otro disipador agobiado de deudas y perseguido por los agentes del tribunal de comercio, pero hábil en estrategia y en astucias, y que hasta hoy habia podido escapar á las fieras garras de los alguaciles, escribió últimamente una circular á sus acreedores convocándoles á todos en su casa, en aquella casa impenetrable que no habia sabido descubrir ninguno de ellos.

Los acreedores se quedaron atónitos con la nueva, pues no podían comprender que un joven que hasta entónces les habia huido el cuerpo con tanto afán, viniera á revelarles, de su puño y letra, el secreto de su domicilio. Los unos pensaron que habia heredado, y los otros temieron una burla, pero se decidieron á sufrirla.

Todos fueron exactos á la hora fijada en la esuela. El cuarto era más que modesto, y el deudor se les presentó en toda la majestad del infortunio.

— Señores, les dijo con efusion, no puedo ofrecer á Vds. otra cosa que mi libertad; habria podido seguir oculto más tiempo, pero esta existencia inquieta y afanada me consume, de modo que me rindo.

Un murmullo de desagrado circuló en la asamblea.

— Sí, señores, repitió el joven, me rindo á discreción, renuncio á esa fastidiosa existencia.

— ¿Pero y nuestro dinero? gritaron con despecho algunos acreedores impacientes.

El joven no hizo atención á la pregunta, y acercándose al balcón abrió de par en par las vidrieras.

La concurrencia hizo un movimiento.

— Nada teman Vds., repuso el joven, no pienso en fugarme; estamos en el segundo piso y la casa tiene cuatro, de modo que estoy tan lejos de la calle como de las guardillas; únicamente habia querido ver si habian Vds. tomado sus medidas, y en efecto noto que las esquinas están bien guardadas por los alguaciles. Son Vds. hombres de precaucion, pero era inútil, porque, lo repito, lejos de resistir me entrego enteramente á Vds.

El deudor cerró las vidrieras, y colocándose en medio del círculo que habian formado sus acreedores continuó su discurso en estos términos:

— Sin embargo, señores, les he reunido á Vds. en mi casa, porque tengo que hacerles una proposición; si yo hubiese tratado únicamente de someterme á la condena que pesa sobre mí, no habria necesitado incomodar á Vds., me habria ido á la cárcel á cumplir mi tiempo, pero se me ha ocurrido otra idea mejor para todos, esto es, más productiva.

— ¿Pero qué proposición es esa? preguntaron los acreedores.

— Estoy seguro de que merecerá el beneplácito de todos Vds.

— Veamos, pues, dijeron los asistentes con aire de duda.

— No me gusta estar preso, naturalmente, y por otra parte, mi encarcelamiento les causaria á Vds. el gasto indispensable de mi manutención, como mandan las leyes, gasto enteramente perdido, como el importe de las deudas, pues yo nada poseo y no tengo que esperar ninguna herencia. En resumen, al cabo de cinco años saldria de Clichy y estariamos pagados, pero entretanto habriamos perdido, yo mi porvenir, y Vds. su dinero.

El deudor hizo una corta pausa, y prosiguió diciendo:

— He imaginado un buen negocio, á cuyo beneficio podré pagar á Vds. todo cuanto les debo con un ciento por ciento de interés.

A estas palabras de pago y de ciento por ciento los acreedores abrieron los ojos y los oídos.

— Señores, en vez de enviarme á la cárcel, envíenme Vds. á la Australia; solo allí tengo probabilidades de hacer fortuna; con el dinero que habian Vds. de gastar durante cinco años estando yo en la cárcel, podré hacer mi viaje cómodamente; yo soy joven, robusto y algo diestro, de modo que es casi seguro que saldré adelante en ese país afortunado donde no hay que hacer más que bajarse para coger el oro á manos llenas; entónces será para mí una fruslería el pagar á Vds. el doble de las cantidades que les debo, y además me comprometo á ello de antemano firmando una escritura en toda regla. Decídense Vds. á cerrar el trato, y les repito que harémos todos un buen negocio.

Los concurrentes no esperaban por cierto semejante proposición, pero creyéndola ventajosa la acogieron sin vacilar, y el astuto deudor acaba de salir para la Australia á espensas de sus acreedores.

No dejaria de ser provechoso para todo el mundo el seguir este ejemplo. Abrir las puertas de la cárcel por deudas y enviar á la California y á la Australia á todos los deudores aptos y de buena voluntad, seria á la vez un acto de filantropía y de buena especulación.

Por otra parte, una vez que se atraviesan los mares se corren tantas aventuras, que no es de extrañar que muchos jóvenes, seducidos por esas perspectivas misteriosas del destino, se decidan á emprender esos viajes lejanos. Los que vuelven nos cuentan tales cosas, que fácilmente se alucina nuestra imaginación, y nos sentimos como impelidos hacia esos países de doradas esperanzas.

Un joven artista que cuenta hoy entre las celebridades musicales de la época, se marchó hace ya algunos años á los Estados Unidos, con el doble objeto de hacer fortuna y de olvidar en el movimiento del viaje y en el aspecto de los nuevos lugares que iba á visitar, las amarguras de una existencia conyugal poco dichosa. Casado muy joven se habia engañado en su elección, y despues de haber sufrido muchos pesares, se decidió por fin á romper el lazo fatal que le encadenaba.

Entre las cartas de recomendación que llevaba, habia una para un comerciante muy rico de Nueva York que le recibió en su casa, prodigándole todas las atenciones de la hospitalidad más generosa.

Este comerciante tenia una hija única á quien queria entrañablemente, y que era loca por la música; el artista la dió al-

gunas lecciones, y en breve la intimidad de los dos jóvenes produjo en ellos una inclinación afectuosa.

— ¡Qué dichoso habria sido yo con una mujer como esta! decia el artista.

Este pensamiento ocupaba sus días y sus noches, cuando una mañana el padre le llamó á parte y le dijo:

— Amigo mio, es Vd. un joven que me gusta por todos estilos; no es Vd. rico, pero eso importa poco, pues lo soy yo; en una palabra, ¿quiere Vd. casarse con mi hija?

El artista se quedó estupefacto.

— Caballero, le contestó, me parece haber relatado á Vd. todas mis penas conyugales; ¿ignora Vd. que estoy casado?

— ¿Y á Vd. se le figura qui si no estuviera Vd. casado consentiria yo en darle á mi hija en matrimonio?

— ¡Qué es lo que oigo! exclamó el artista que, viendo muy serio al comerciante, se imaginó que habia perdido la cabeza.

— La cosa es muy sencilla, contestó el anciano; yo adoro á mi hija y no quiero separarme de ella; Vd. está casado en Francia, de modo que si se casa Vd. también en América, no tendrá Vd. nunca el capricho de volverse á su patria.

El joven artista se quedó confundido ante este razonamiento, cuya inmoralidad nacia del sentimiento más puro del amor paternal, pero sin embargo resistió á la oferta seductora, salió para otros países, y se embarcó por último para Inglaterra, donde aun residiria, si no hubiera sabido que la muerte de su esposa le abria las puertas de su cara patria.

MARIANO URRABIETA.

Expedición de Podor en el Senegal.

La expedición de Podor en el Senegal, expedición que preparaba el gobierno francés desde el año pasado, ha comenzado felizmente; los resultados conseguidos ya son muy satisfactorios para este, y persistiendo en la empresa puede la Francia dar á su colonia toda la importancia y el desarrollo que comporta.

La población contra quien se debía obrar parece ser la más orgullosa é insolente del río, la de los negros del Fonta, acérrimos sectarios del islamismo.

El Fonta, que comprende las provincias de Dimar, Toro, Fonta, propiamente dicho, y Damga, es un Estado que se extiende por la orilla izquierda del Senegal desde Dagana, puesto francés, á 40 leguas de la desembocadura, hasta el pueblo de Dembakane, á 40 leguas de Bakel, otro puesto francés, es decir, una longitud de 120 leguas.

La isla Morfil (así llamada por su antiguo nombre de marfil), formada por dos brazos del río, está enteramente en el Fonta, y pertenece, parte á la provincia de Toro, parte á Fonta, propiamente dicho.

En la parte occidental de esta isla, hacia 1740, la compañía de las Indias construyó en Podor un fuerte y algunas baterías, que protegieron las factorías allí establecidas.

Fuerte y factorías fueron abandonados por los franceses, y destruidos por los indígenas á fines del siglo último, cuando la Francia no podia pensar en sus colonias; y solo sus ruinas y una población de 3,000 negros entristecian las miradas del viajero francés, que veia la pérdida sufrida por su patria.

En 1818, en el momento de la reocupación del Senegal y de la supresión del comercio de negros, el gobierno de Francia, decidido á hacer muchos sacrificios para transformar sus factorías de la costa occidental de Africa en una vasta colonia agrícola, habia puesto los ojos en la isla de Morfil para centro del cultivo del algodón y el añil; pero Fonta rehusó todo convenio, y se ensayaron sin éxito algunos cultivos en las tierras bajas del Oualo.

De aquel momento datan las pretensiones del Fonta que, apenas capaz de defenderse en su propia margen contra las incursiones de algunos árabes, osa decir que el río es suyo, y hace pagar derechos exorbitantes á los buques franceses que pasan por delante de Salde para comerciar en el alto Senegal.

A petición reiterada del comercio, se decidió el año pasado volver á ocupar á Podor, aunque fuera menester emplear la fuerza de las armas.

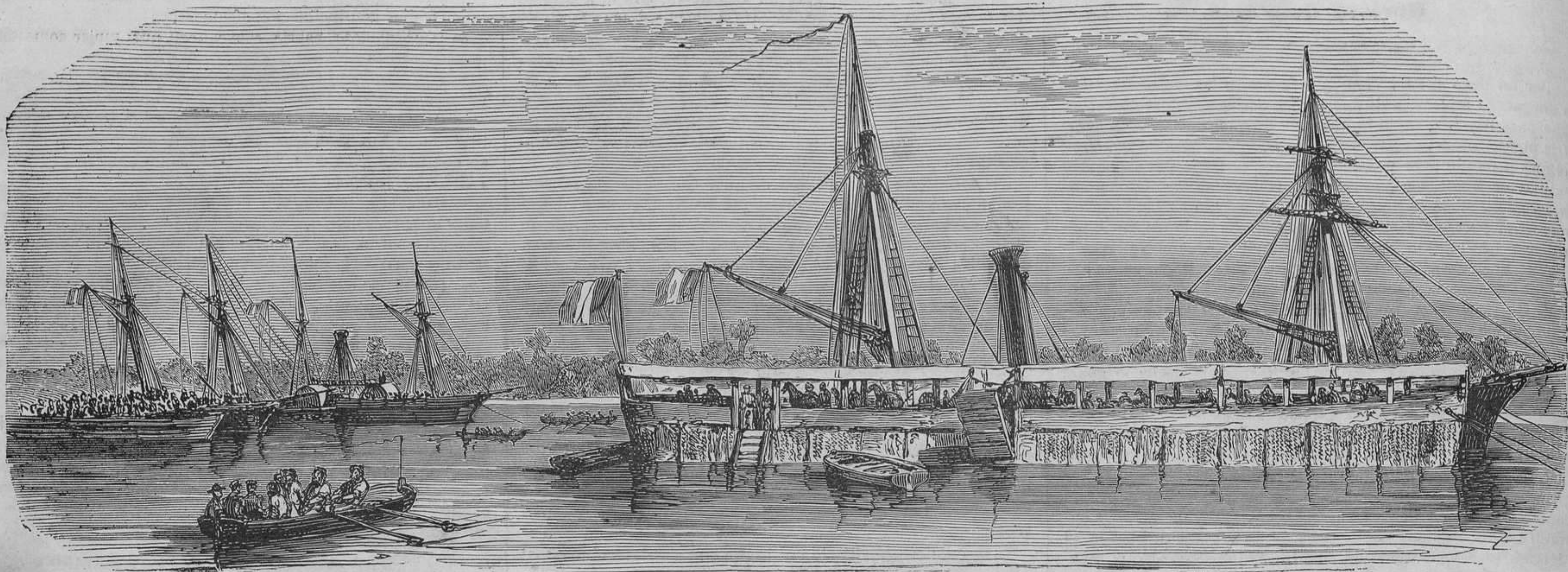
El almamy (emir monmenin), jefe religioso y político del Fonta, respondiendo á proposiciones de venta del territorio, declaró que su religion se oponia al establecimiento de los infieles en su país, y los tonecolores (nombre que se da en San Luis á la población heterogénea del Fonta) juraron que jamás pondrian los franceses los piés en Podor.

Pero no se ha hecho caso ni de su arrogancia ni de sus bravatas.

El objeto es tener una buena posición comercial, un centro de influjo y de represión en el río, y una base de operaciones para las guerras que puedan originarse, mas bien que organizar colonias agrícolas, que no son necesarias, puesto que el Fonta ofrece los productos que sea necesario comprarle.

Fuerzas francesas considerables fueron enviadas con este fin, y una columna de dos mil hombres, compuesta de ingenieros, artilleros, marinos, caballería, soldados indígenas, laptots y voluntarios, al mando de M. Protet, capitán de navío, gobernador del Senegal, partió de San Luis el 18 de marzo con mucho material, que llevaban veinte buques, seis de vapor, que servian para remolcar los otros.

El 21 de marzo desembarcaron á viva fuerza en el pueblo de Naole; por la noche se sostuvo el tiroteo con el enemigo, y al día siguiente por la mañana se salió



Expedicion á Podor y á Dialmatch, en el Senegal. — Desembarco en Naole.

en direccion de Podor haciendo una legua y media de marcha á través de una hermosa llanura cultivada de mijo, y en la cual estaba el ejército del Fonta que fué derrotado; el mismo dia á las doce se ocuparon los pueblos de Soniman, Tionfi y Podor, y las llanuras que los circundan.

Al dia siguiente se emprendian las obras de reconstruccion del fuerte, y este antiguo edificio se levantaba como por encanto bajo los esfuerzos de mil trabajadores blancos y negros, civiles y militares, que soportaban con mucha constancia una temperatura de 65° al sol.

Al cabo de algunos dias, la provincia de Toro, á que corresponde Podor, pedía la paz, y entregaba rehenes para garantía de ella.

El fuerte fué reedificado y aumentado en cinco semanas. La columna partió despues para Dimar, que habia cometido actos de hostilidad contra los expedicionarios al dirigirse estos á Podor, á pesar de la promesa hecha de mantenerse neutral.

El 23 de abril desembarcaron frente del pueblo de Fanaye, destruido en 1849 por el gobernador Baudin.

Hallóse el pueblo abandonado, y la columna fué á Dialmatch, haciendo una marcha de seis horas por bosques y campos de mijo.

Dialmatch, capital y ciudad santa del Dimar, pasaba por la plaza inexpugnable del Senegal. Los habitantes del Dimar, los mas aguerridos del rio, se abrigaban allí para librarse de sus enemigos moros ó negros, y dentro de sus muros habian arrostrado el ataque del almamy de Fonta con su ejército, y al poderoso rey de los tranzas.



Numa, piloto del marabú, y guerreros penles.

La ciudad está en una eminencia rodeada con una muralla de troncos de árbol y arcilla, agujereada á un pié del suelo. Los defensores, acurrucados en una trinchera de dos piés de profundidad que se extiende á lo largo de esta muralla por la parte interior, están muy á cubierto, y defienden las avenidas haciendo fuego por los agujeros.

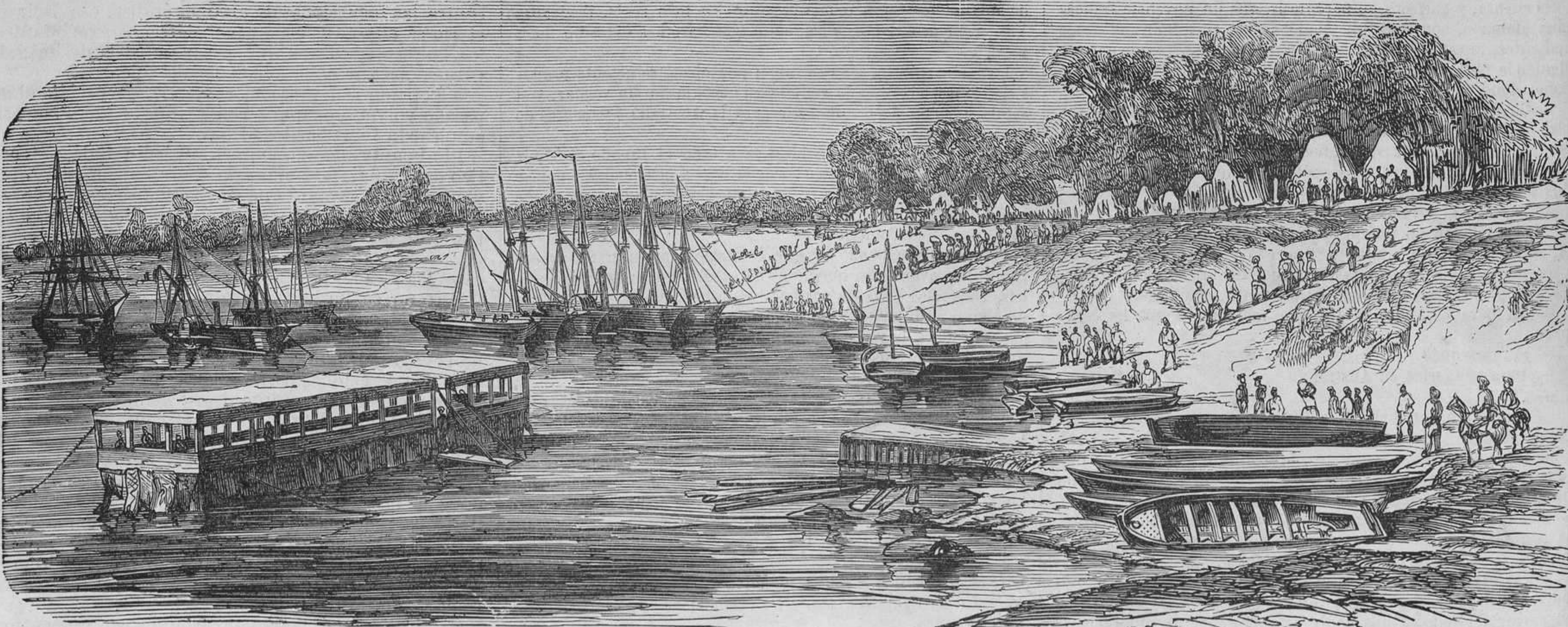
La columna tomó posicion delante de la ciudad, que habia disparado algunos cañonazos á los spahis que llegaron los primeros.

Seiscientos voluntarios de San Luis, propietarios, mercaderes, obreros, cubiertos de piés á cabeza con sus *gris-gris*, segun su costumbre, pronunciaron sus gritos de guerra, y comenzaron á correr hácia la muralla, contra la que hacian un fuego inútil, en tanto que caian muertos muchos de ellos.

La confianza en los *gris-gris*, papelitos en los cuales los marabus escriben algunas sentencias del Koran, y que están encerrados en bolsas de cuero mas ó ménos adornadas, es general entre los negros, aun en San Luis; los que tienen recursos para comprar muchos van literalmente cubiertos de ellos, y en este caso, como el cuero es muy grueso, puede ocurrir que defienda el cuerpo algunas veces; en tal caso, el *gris-gris* tocado, que se supone haber librado á su dueño, no por su espesor, sino por la virtud del papelito que contiene, adquiere un valor considerable.

Los voluntarios se cansaron pronto de su capricho inútil y peligroso.

La artillería disparó cien tiros de obus que atravesaron la muralla sin derribarla, y que ocasionaron incendios que apagaron los defensores sin



Playa de Podor, despues de la toma de la ciudad.

sentirse amedrentados.

Fué preciso asaltar para demoler la fortificación con picos y machetes; era mediodía, la temperatura estaba á 55°, las tropas habian marchado desde las cinco de la mañana, y muchos hombres desfallecian.

Tres columnas parten; el terreno descubierto que han de recorrer es de 200 metros. A mitad de camino, la compañía negra hace fuego, toda la columna lo secunda, y esto produce una detencion. La columna de asalto vacila un instante ante el fuego que hacen á cubierto los dos mil defensores de la ciudad;

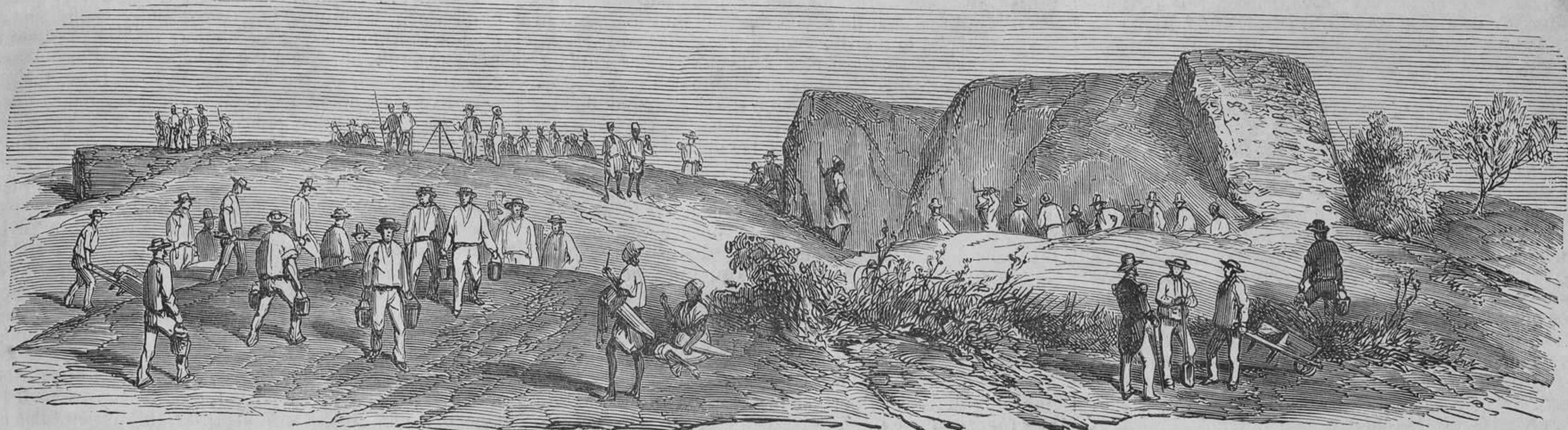


Campamento de Podor.

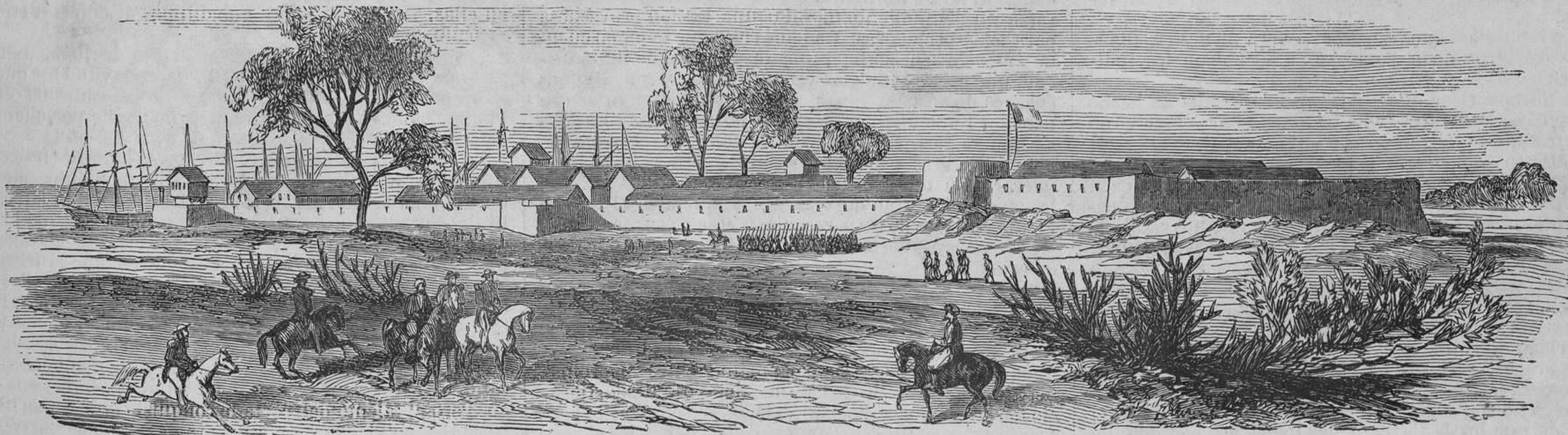
pero viendo un peloton de valientes que ha llegado al pié del muro, y excitada por algunos oficiales que se adelantaban, se pone en movimiento otra vez y llega al pié del tata, á través de las almenas, y hace fuego contra los defensores que huyen al interior.

Se demuele el tata, se recorren y queman las casas, se encuentran muchos cadáveres apilados y se cogen los cañones.

Los spahis persiguen á los fugitivos y los acuchillan, y la artillería les hace disparos con metralla. Agotadas las fuerzas de la columna establece su bivac en un bosque contiguo á la



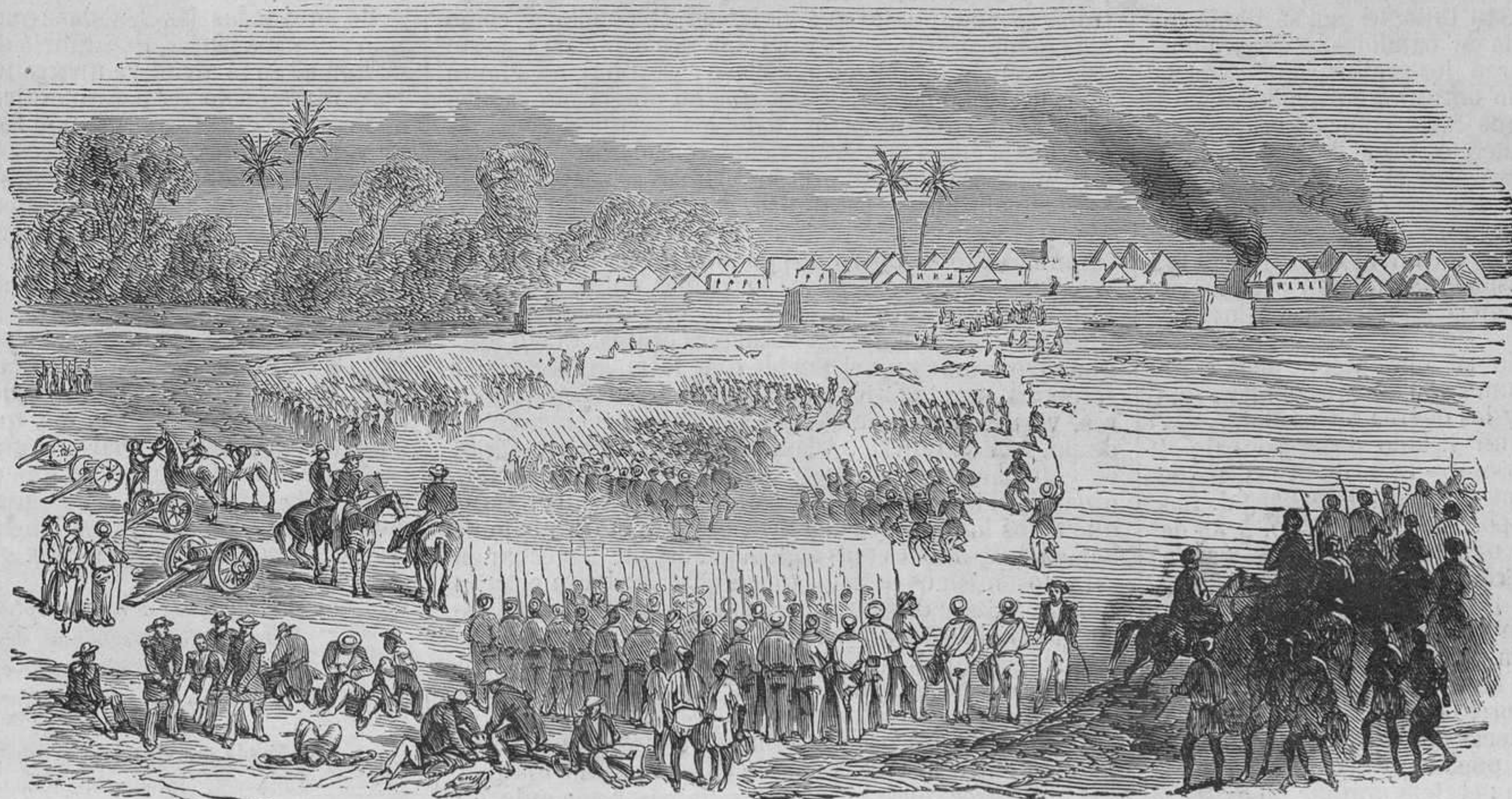
Reconstruccion del fuerte de Podor, sobre las ruinas del antiguo.



El fuerte de Podor reconstruido.

ciudad, y allí llevó por la tarde á los muertos, heridos y enfermos. Por la noche los trasportó á una legua y media de distancia, á Risga, donde habia dispuesto un vapor con este objeto. Desmoralizado el enemigo con las pérdidas sufridas, no dió señales de vida: la pérdida francesa fué de 150 hombres entre muertos y heridos.

La columna expedicionaria se embarcó para arreglar algunos negocios con Toro; luego bajó por el rio y fué á quemar á Bokol, la antigua y la nueva Fanaye, donde se hizo un nuevo desembarco, cañoneando al pasar el pueblo de Gae. Sus habitan-



Toma de Dialmatch, el 7 de mayo de 1854.

tes no se habian mostrado abiertamente hostiles, pero habian dejado que fueran allí los de Bokol, que seguian la flotilla tirándole tiros, y esto provocó una represalia.

El Dimar recibió una terrible leccion. El cheikh de los trazaras, Mohamed-el-Habit, hace penosas reflexiones pensando que San Luis ha podido llevar á cabo una empresa en la que él habia fracasado; él, tan intratable seis semanas ántes, consiente en un cambio radical acerca de la percepcion del tributo de la goma, que tendrá lugar directamente entre él y el gobierno. Esta reforma sustrae al comer-

cio de mil vejaciones y exigencias : el tributo se convierte en derecho de exportacion, y como este derecho es el mas claro de la renta del cheikh de los trazaras, es un poderoso instrumento en manos del gobernador del Senegal. El cheikh de los bracknas, Mohamed-Sidi continúa jugando al marro con su competidor Sidi-Ely, avanzando el uno cuando el otro retrocede.

Toro viviria en paz con los franceses, pero un nuevo almamy, hombre capaz y enérgico nombrado por el Fonta, va á arreglar las cosas con los blancos. Es de temer que no se ajusten, porque se aferrará en conservar los privilegios antiguos, y no es posible dejar subsistir los del pasaje de Salde.

El Cayor, bajo su hebetado y viejo Damel, está abandonado á las depredaciones de algunos seydes de *principes*, y pronto será, como el Oualo, una provincia del cheikh de los trazaras. En el mismo estado se halla el Bonuda, que devastan soldados bambaras, llamados con motivo de sus discordias intestinas.

Aunque no se halla el país en perfecta calma, la ocupacion á viva fuerza de un punto que no habia admitido á los franceses pacíficamente, no deja de tener su importancia, y el gobernador del Senegal ha unido su nombre á un acto de regeneracion política y comercial de la colonia.

La política seguida con los Estados del rio se resentía un poco del origen de esta colonia, que el gobierno llama todavía factoría de la costa occidental de Africa, y cuya fundacion se debió á algunos comerciantes de Dieppe, que en el siglo XIV, acompañados de algunos esclavos y domésticos, se establecieron allí, aunque no del modo mas conveniente al frente de pueblos numerosos, que si no eran guerreros, no carecian de valor, como se acaba de ver.

Después de estos mercaderes aislados vinieron las compañías; para proteger el comercio de esclavos, que era su principal elemento de riqueza, tenian una ó dos compañías de soldados coloniales, que estaban muy distantes de ser la flor del ejército.

Hoy todo ha crecido, objeto y medios; el objeto, útil al Africa y á la Francia, es la proteccion del comercio que se hace entre los dos países, comercio considerable como revelan las estadísticas, y que defienden tropas de mar y tierra, bien disciplinadas y mandadas por buenos oficiales.

De San Luis dependen veinte puestos militares ó factorías fortificadas, sea en el rio penetrando hasta 230 leguas al interior, sea á lo largo de la costa hasta el ecuador, ó en los rios que desembocan en esta zona: cuatro oficiales de ingenieros con muchos empleados bastan apenas para ejecutar todas las obras que permite emprender el creciente presupuesto de la colonia.

Con estos elementos de progreso era menester entenderse de otro modo, como se ha hecho con los indígenas.

La Europa tiene que condenar lo que ella ha hecho respecto de los negros; ella ha fomentado la esclavitud y la trata, que por desgracia suya habia hallado establecidas en estos desgraciados pueblos.

Pero dejando esto á parte, la colonia puede entrar en una nueva senda de prosperidad. El comercio y la agricultura se desarrollan: la costa rinde muchos cacahuates, aceite de palma, café de Rio Nuñez, pieles, gomas, carneche, ébano, marfil, oro, etc. Para promover esta riqueza, puede probarse á estos pueblos de niños, tan impacientes como inofensivos en el fondo, la fuerza y la superioridad, dándoles al mismo tiempo la paz y la seguridad que no tienen, protegiéndoles contra sus jefes y los árabes. A la sombra de esta paz producirán cuatro veces mas que lo que han producido hasta aquí.

Y esto no son sueños sino hechos. Todos saben en el Senegal que los de Cayor ó de Ouala, por ejemplo, no se atreven á sembrar por no tener seguridad de recoger; no tienen animales porque se los roban.

Poco hace que cerca de San Luis, lo que se llama un príncipe, es decir, un jefe de bandidos, siempre embriagado, venia á vender á los árabes centenares de personas que habia robado entre los cultivadores.

¿Cómo, pues, admirar que estas poblaciones tiendan los brazos en busca de proteccion; que los de Gandiol pidan el auxilio de la Francia y su dominacion; y si vacilan á veces en mostrar sus deseos es porque temen verse abandonados á la venganza de sus perseguidores?

Dése, pues, á estos pueblos idea del poder, y bajo un gobierno local, que los misioneros intenten acristianar con perseverancia, inteligencia y tolerancia á los creyentes del Profeta.

Desde que Labat escribió su obra acerca de la costa occidental de Africa hace unos 150 años, se observa que los árabes han avanzado y los negros retrocedido.

El Fonta era entonces un Estado poderoso bajo el mando de un guerrero absoluto llamado Siratik, que residia en la margen septentrional del Senegal. Los moros le pagaban tributo por acercarse al rio, y los de Fonta, no profesando aun una religion que les manda despreciarnos y odiarnos, conservaban buenas relaciones con los franceses.

Hoy no tiene el Fonta un solo pueblo en la orilla derecha; la mayor parte de la poblacion está concentrada en la orilla izquierda del Marigot de Done, teniendo así entre ella y los invasores dos brazos del rio y una isla (la isla Morfil) casi desierta por ciertas partes, como lo son las fronteras de dos pueblos belicosos. Casi todo el Fonta es hoy musulman: el jefe militar no existe: tiene imanes y un almamy.

¿Es ventajoso que los árabes invaden el país de los negros? No. — Mientras que los misioneros musulma-

nes penetren solos, los negros progresan quizá intelectual si no moralmente; pero detrás de estos apóstoles islamitas vienen bandadas de merodeadores que despueblan el territorio.

Esta margen derecha del Senegal, cubierta de pueblos 150 años antes, está hoy casi desierta; solo la recorren algunas tribus de los bracknas, que no cultivan los terrenos de que se apoderan, y cuya poblacion aumenta poco, porque no se achmatan.

Los establecimientos franceses de la orilla izquierda, entre otros los últimos levantados en Podor, al paso que aseguran el gobierno de los negros, darán por resultado, si se obra con discrecion, el poner coto á las invasiones de los árabes.

A. P.

TEATRO LATINO.

Estudios sobre Plauto.

(Artículo segundo y último.)

La vida, la condicion y el carácter de un escritor, y sobre todo de un poeta dramático, se reflejan casi siempre en sus obras: porque es imposible que si se propone pintar las costumbres, los afectos y las pasiones de los otros hombres, deje de verlas desde el punto en que su posicion social le ha colocado, de juzgarlas con arreglo á los principios é inclinaciones de su carácter y de expresarlas de la misma manera. Plauto es una comprobacion de esta verdad: lo mismo sus grandes cualidades que sus defectos, tienen á nuestro modo de ver su principal origen en las circunstancias personales del poeta; las prendas mas relevantes del cómico latino son: un diálogo incisivo y penetrante, que sin embargo no está exento de rudeza y desaliño; una gran dosis de vis lumbre cómica, y tanta que, como tendríamos ocasion de demostrar mas de una vez en el curso de estos estudios, quizá de ningún autor cómico antiguo ni moderno se pueden citar tantos y tan buenos rasgos de esos que caracterizan completamente á un personaje, de esos que por su verdad y profunda intencion quedan hondamente grabados en la memoria, y pasan á ser proverbiales. Algunos de sus caracteres cómicos son demasiado bujanos y truhanescos, pero siempre están dibujados con una fuerza y valentía admirable, y sobre todo con verdad. Su lenguaje es á veces libre hasta tocar en la licencia; pero en casi ninguna de sus fábulas deja de encerrarse un pensamiento moral ó una leccion provechosa para los espectadores. Y además hay que tener en cuenta, antes de acusar ligeramente á Plauto de inmoralidad, que esta es muchas veces relativa; y que algunos cuadros demasiado libres, para nosotros no lo serian para los romanos; por ejemplo: las repetidas comedias en que se nos pintan, tan libre como enérgicamente, las costumbres y la vida de las cortesanas no podrian tolerarse en nuestros teatros, pero eran muy naturales en Roma; y si no oigamos lo que dice el mismo Plauto por boca de un personaje de una de sus comedias. « La casa de las cortesanas es un punto de reunion donde acude todo el mundo, lo mismo el plebeyo que el patricio, lo mismo el pícaro que el hombre honrado. »

Pero sea ó no justo acusar á nuestro poeta de inmoralidad, lo cierto es que lo mismo á las buenas que á las malas cualidades que dejamos indicadas debió el ser sin duda el escritor cómico mas popular entre los romanos. Los críticos de todos los tiempos, desde Horacio hasta La Harpe no han dejado de censurarlo porque buscó y prefirió los aplausos del vulgo á los elogios de las personas cultas y entendidas. ¿Pero qué era Plauto? Un hombre del pueblo, un esclavo. ¿Qué extraño es que, puesto que vivia con el pueblo, y como del pueblo, escribiese para él? Se nos contestará á esto que Terencio tambien fué esclavo; pero hay en Plauto una circunstancia particular que ha observado ya otro crítico antes que nosotros: todos los escritores romanos de aquella época tuvieron nobles y poderosos Mecenas ó patronos que protegieron sus primeros ensayos: Livio Salinator lo fué de Andrónico, el primer Scipion ó Ennio, y el gran Scipion protegió á Terencio. El trato y comunicacion con personas pudo inspirar á estos escritores otros gustos, otras maneras mas cultas y elegantes, pero en Plauto no concurrió esta circunstancia; nuestro poeta se lanzó en la carrera dramática sin ningún apoyo mas que el pueblo que le aplaudia, que le coronaba, que tributó á su memoria los mayores honores, y que siguió aplaudiendo sus comedias cinco siglos después de su muerte. Además la literatura dramática es esencialmente popular, porque el pueblo es solo quien decide del éxito de las obras en el teatro. Así es que todos los grandes maestros del arte han tratado de halagarle, y á todos mas ó menos se les pueden echar en cara los mismos defectos que á Plauto: hasta el gran Molière á pesar de reunir para sus comedias un público tan ilustrado y escogido como lo era el que componia la corte de Luis XIV, tenia que escribir el *Médico á palos* para atraer espectadores á las representaciones del *Misanthropo*.

Es tan íntima, al ménos á nuestro parecer, la relacion que hay entre la vida y los escritos de cómico latino, que nos parece necesario, antes de pasar adelante en el estudio de sus obras, dar una breve reseña de aquella.

No están acordes los eruditos ni los biógrafos acerca

de la época exacta del nacimiento de Plauto, ni tampoco acerca de su origen y antepasados. Las noticias mas acreditadas le hacen natural de una aldea de Umbria, antigua provincia de Italia; y en cuanto á la época de su nacimiento, unos lo fijan en el año 529 de la fundacion de Roma, y otros algunos años antes.

Lo que hay de cierto es que floreció durante la turbulenta época de las guerras púnicas, y que sus comedias servirian mas de una vez para celebrar los tiempos de Marcelo y de los dos Scipiones. La primera comedia que segun todas las probabilidades dió al público, fué *Los Menchmos* ó los *Gemelos*, y si su éxito fué igual á su mérito, debió afianzar sobre sólidas bases la reputacion de su autor. Mas adelante nos ocuparemos en el análisis de esta comedia.

Como Shakespeare, como Molière, como nuestro Lope de Rueda, Plauto fué tambien á la vez autor, actor, y como se dice ahora, empresario de sus comedias. Extraña semejanza la de estos célebres escritores, y digna de tomarse en consideracion. Fundadores ó reformadores todos ellos del arte dramático en su nacion, estos apóstoles del teatro reunieron lo que se pudiera llamar el ejemplo á la palabra; escribían y representaban sus obras como para probar que todo innovador, todo reformador de un arte, de una institucion cualquiera, debe reunir para ver coronada su obra de un éxito feliz, una energía, una fe, una actividad á toda prueba, y además una porcion de raras cualidades, difíciles las mas veces de conciliar en el comun de los hombres.

Plauto era pues, como hemos dicho, autor, actor y empresario, y alquilaba su compañía, y vendia sus comedias á los Ecniles, para celebrar las fiestas públicas. El éxito de las obras del poeta reportó grandes ganancias al empresario, que se enriqueció en breve tiempo; pero excitado doblemente su amor propio de autor y director, gastó sumas enormes, segun Varron, en decorar y presentar sus comedias con el mayor lujo y esplendor, y agotados en poco tiempo sus recursos, se vió de nuevo reducido á la miseria, y abandonó el teatro y la poesia. Otros biógrafos atribuyen la causa de este abandono á un puro capricho, por dedicarse á los azares del comercio, en el cual la fortuna rara vez ha favorecido á los que profesan las letras. Lo que hay de cierto es, que arruinado completamente, se vió precisado á venderse por esclavo, y hallamos á nuestro poeta en dar vueltas á la piedra de un molino. Singular posicion para un hombre de genio, que nos parece imposible en el dia, y sin embargo, á ella sin duda debemos en gran parte esa verdad, esos rasgos profundos y variados, con que ha sabido pintar en sus comedias las costumbres de la esclavitud entre los romanos, y el carácter de los personajes de esta condicion que figuran en ellas. Tan cierto es lo que dijimos al empezar este artículo.

Las consideraciones filosóficas á que da lugar este vicio de las sociedades antiguas, (la esclavitud) y que se desprenden de muchos pasajes de las comedias de Plauto, tendrán lugar en otro artículo: baste por ahora dejarlo indicado y volvamos á la vida del poeta.

La miseria y las amarguras de la servidumbre no extinguieron en lo mas mínimo el genio de Plauto, pues durante su esclavitud compuso tres comedias, cuyos títulos latinos son: *Saturio*, *Adictus* y *Nervolaria*, de los cuales no han llegado hasta nosotros mas que algunos fragmentos, por los cuales se echa de ver que la triste situacion del poeta debió inspirarle el asunto de ellas, así como el conocimiento profundo que en estas y en otras comedias de Plauto se descubre de las astucias y manejos de los especuladores y comerciantes, acreditan la opinion que hemos sentado anteriormente acerca de las causas que le redujeron á tan miserable estado. Pero el talento del poeta le conquistó otra vez su libertad, y volviendo á emprender su abandonada carrera, recuperó sus perdidas riquezas con aumento de su gloria.

He aquí todas las noticias que tenemos de Plauto: solo se sabe además, que murió el año de la fundacion de Roma. Se le atribuye un gran número de comedias; pero Varron solo da por auténticas veinte y tres, á las cuales, por esta razon llaman *Varronianas*. Sin embargo varios eruditos y gramáticos le atribuyen algunas de las que aquel da por apócrifas, fundados en razones de lenguaje y estilo dignas de atencion; pero lo que no tiene duda es que las veinte y tres de Varron son las mejores.

Hay un epitafio de Plauto, que Varron atribuye al mismo poeta, y que á ser cierto, no da gran idea de la modestia del autor; sin que por esto le culpemos nosotros, que profesamos la máxima de que para hacer algo que valga la pena, sobre todo en artes y letras, es necesario tenerse en mucho, y que sabemos que el orgullo forma y debe formar una gran parte del genio del poeta. He aquí el epitafio con que damos fin á estas noticias de la vida de Plauto, y para cuya traduccion pedimos indulgencia, pues no tenemos derecho á ser tan orgullosos como el poeta latino.

*Postquam est morte captus Plautus,
Comædia luget scena est deserta;
Deide Prusus Luclus Jousque, A Numeri
Innumeri simul omnel collacrimarunt.*

Desde que á Plauto arrebató la muerte
Talia viste luto, y la ancha escena
Desierta está: los juegos, los amores,
Las risas, y los versos numerosos
Juntos lágrimas dan á su memoria.

Plauto recorrió completamente lo que pudieramos llamar la escala de la comedia, es decir todos los puntos intermedios que hay desde esta hasta el drama inclusivo. La comedia de carácter en la *Aulularia* ó el *Avaro*, la comedia de enredo en *Anfitrión*, en los *Menechenos* y en *Epidico*, y el drama llamado de costumbres en *El Tesoro ó los tres escudos*, en el que lleva por título *Rudens* (cable ó maroma) y que se conoce tambien con el de *El naufragio venturoso*, pero mas que en ninguna de estas en los *Cautivos*. Por este último se ve que el drama no es de invención moderna, y no podía de ser así: el drama es la verdad y está en la naturaleza, y los cómicos griegos y latinos que tan bien supieron imitarla, tenían que dar con él infaliblemente. Así es, que las censuras y los elogios de que la Chaussie ha sido objeto considerándole como inventor de este género, son igualmente injustos en tal sentido, porque realmente no lo es, y la gloria ó el vituperio que merezca la invención del drama, no pertenece de ningún modo á la literatura francesa, sino á la latina. Fácil es conocer por lo dicho, que el teatro de Plauto es sumamente variado en sus argumentos y en el modo de conducirlos, y por consiguiente tambien en los caracteres de sus personajes, por mas que diga La Harpe lo contrario. Y ya que por segunda vez nos encontramos en este artículo con el crítico francés, no le dejaremos pasar tampoco sin contestación. «Una joven cortesana, dice La Harpe, un viejo ó una vieja que venden la hermosura de aquella, un joven que la compra y que se vale de un criado trapalón para robar á su padre el dinero necesario, agreguemos á estos personajes un parásito y un militar fanfarrón, modelo de los *Capitanes* y *Matamoros* de nuestra antigua comedia, y tendremos todos los caracteres representados en las comedias de Plauto.» No se puede juzgar con mas superficialidad y ligereza de un autor, y por consiguiente con menos justicia y exactitud. No parece sino que La Harpe solo habia leído de las comedias de Plauto las listas de sus personajes.

Una acusación sumamente parecida se hace tambien á nuestros autores dramáticos del siglo XVII y tambien dicen de ellos encopetados críticos, que las damas tapadas, los galanes que se esconden, las criadas que les abren las puertas, los padres ó los hermanos celosos que los sorprenden, los indispensables graciosos, las músicas de las rejas y las cuchilladas, constituyen el argumento y los caracteres de las comedias de Lope de Vega, Calderón, Tirso, Moreto, etc. Con unas mismas razones se contesta á ambas censuras. Los que así juzgan, toman con un error un error indisculpables lo que pudiera llamarse los efectos por las causas, es decir, confunden lo que realmente son solo resortes dramáticos, con los caracteres y el fondo del argumento: nos explicaremos.

Los resortes, á lo que es lo mismo en este caso los elementos de que puede disponer un autor cómico para formar la trama de un argumento en que trata de pintar las costumbres de su época han de subir precisamente de las mismas costumbres; y estas con aplicación al teatro, solo pueden dar un número limitado de aquellos. Varian sí, como es natural, con las costumbres de cada tiempo y de cada país, pero no se aumentan nunca hasta lo infinito. Ahora bien, los medios de que podía usar Plauto para disponer el argumento de sus dramas, eran los esclavos, los cortesanos, las jóvenes ó los viejos enamorados de ellas que las compraban y las mujeres que se las vendían; pero estos personajes, ¿piensan, dicen, hacen siempre las mismas cosas, y de la misma manera? Nadie se atreverá á asegurar esto de las comedias de Plauto, ni de las de nuestro antiguo teatro, porque si los elementos que pueden entrar en las combinaciones dramáticas son limitados, estas combinaciones son por el contrario casi infinitas. Tan cierta es esta razón, que la censura de La Harpe, si fuese justa, podría aplicarse al teatro de todas las naciones y de todos los tiempos. ¿No podríamos decir de Molière que los maridos ridículos y burlados, las mujeres coquetas, los lacayos agudos, enredadores y entremetidos, etc., formaban los caracteres y la trama de sus comedias? Hasta con respecto á nuestro teatro contemporáneo podía tener aplicación la cómoda y elástica censura del crítico francés; pero basta lo dicho.

Hemos combatido con razones generales la opinión de La Harpe, y no con ejemplos sacados de las mismas obras de Plauto, porque está resultará del estudio que vamos á hacer de los distintos géneros de sus comedias por el orden y clasificación que ya establecimos mas arriba, á saber: comedia satírica y de enredo, comedia de carácter y drama de costumbres.

L. VALLADARES Y GARRIGA.

Las antesalas del infierno.

Si el yermo tiene algo bueno,
es el vivir sin vecino.

SOLIS.—El amor al uso.

Si como católicos tenemos necesidad de creer que existe una mansión de llanto, penas y tormentos en la que hemos de pagar los que hayamos hecho sufrir á nuestros semejantes, parece probable que ántes de llegar á ella debamos atravesar un recibimiento ó antesala en la que se nos vayan administrando en dosis homeopáticas los obsequios de Pedro Botero y demás familia, para que no nos sorprendan las alopáticas que en el salón principal deberá tener preparadas el mismo Lucifer.

Esta antesala se diferencia, ó debe diferenciarse de la del cielo, que hemos convenido en llamar purgatorio, cuanto diferentes son entre sí los dos extremos á que conducen: ambas sin embargo, segun dicen personas bien informadas, tienen su respectiva localidad en este valle de miserias que se denomina mundo, y en él, y solo en él se ajustan ciertas cuentas preparatorias indispensables para obtener la carta de pago que ha de servir de pasaporte en el viaje mas largo que el hombre tiene que emprender.

Ya sabemos que el purgatorio ó antesala del cielo se pasa con una suegra que en todo se entromete; con una mujer celosa que le pone á uno el cuerpo á pellizcos cada vez que mira á otra mujer, como un discípulo de Galeno cuando está de mal humor y receta cáusticos; con un hijo tonto que continuamente le lastima en su amor propio, por aquello de á tal padre tal hijo, y de casta le viene al galgo; con una hija coqueta que le hace ser las dos cosas mas opuestas del mundo, predicador y dragon de caballería; con un amigo hablador y filarmónico que le pone la cabeza como banasta de grillos; con un jefe cascarrabias é ignorante que de todo gruñe y todo lo encuentra mal hecho; y en fin con un millon de cosas y personas que si enumerarlas me propusiera, de seguro no concluiría en diez semanas. Pero lo que ménos se figurarán los lectores que no hayan pasado por ellas, es donde están las antesalas del infierno. ¿Queréis saberlo? Pues no os asusteis, y lo diré: en las casas de huéspedes de Madrid.

En efecto, si despues de la descripción que voy á hacer de una, porque todas son iguales con raras excepciones (1), hay alguno que la cree exagerada y desea convencerse por sí mismo, declaro que se halla en pecado mortal y necesita un pasadizo para ir via recta al infierno.

Al bosquejar el cuadro de una casa de huéspedes, la primera figura que se nos presenta es la de la propietaria ó patrona: mujer de cincuenta diciembres, está asegurada de incendios como suele decirse; su faz pálida y triste indica que sufrió con resignación toda suerte de infortunios viajando en compañía de su marido, que fué capitán en la guerra de la independencia; su traje, que forma parte de la respetable y numerosa clase denominada *pasiva*; su trato, que ha olvidado algo de lo que sabia cuando era capitana. No hay patrona que sea viuda de un teniente, de un comandante, de un administrador de loterías, de correos ó de un fiscal: ¡cosa particular si fuera cierta! Todas tuvieron por esposos brigadieres, jefes políticos ó jueces de primera instancia; por esta razón se quieren dar importancia, y exigen de sus huéspedes que las traten con la consideración que se merece por su categoría. No habria dificultad si correspondieran debidamente; pero es el caso que cuando han abusado de la paciencia de un hombre por todos conceptos, si este conociendo el terreno que pisa se resuelve á hacer respetar los tratados *inter-personales*, le salen con la sempiterna cantinela de «¿qué se le ha figurado á Vd.? Soy una señora de suposición; no estoy acostumbrada á decir falsedades; mi marido fué secretario de S. M. con ejercicio de decretos; ¡pobrecito de mi vida, si alzara la cabeza y me viera en este estado! se volvería á morir de pena; pero ántes me vengaría de la ofensa que acaba Vd. de hacerme, etc., etc.» porque continúan hablando dos ó tres horas.

Si se logra encontrar una patrona sola que no tenga hijas ni sobrinas, es una alhaja inapreciable, porque todo el tiempo que aquella que las tiene emplea en enterar á un huésped de sus virtudes, talentos y habilidades, puede respirar tranquilamente. No sirve en este último caso responder á todo que sí, que tiene razón, que la chica es un tesoro, que merece un príncipe por esposo: hasta que no ha dicho cuanto cree puede influir para que se decida su oyente á entrar en el gremio, con una joven de la humilde fortuna, pero con las excelentes cualidades que va detallando, no le deja en paz.

La muchacha (siempre hay una), por su parte hace lo que todas las demás; estar la mañana entera en el tocador, la tarde en el balcón, y la noche de tertulia; mas como á este último punto debe acompañarla la mamá, resulta que constantemente el gobierno de la casa se halla encomendado á una criada que en todo piensa ménos en favorecer los intereses de su ama. Cree esta que con decir que es una señora de suposición, debe callarse y sufrir todo el mundo; y lo cree con algun fundamento; porque como en todas partes sucede lo mismo, aun cuando el huésped conozca la injusticia, no le queda mas recurso que resignarse.

Hablar del aseo en los alimentos y habitaciones, seria tarea harto pesada; y francamente no me encuentro con fuerzas para recordar cuanto he visto sobre este punto; por lo cual creo mas digno y prudente (siquiera para que permanezcan sin alterarse los estómagos de mis lectores) abrir aquí un paréntesis largo, muy largo, y dejar á la adquisición de cada uno lo que contendría si posible fuera llenarlo.

Pero los establecimientos de huéspedes no los constituyen solamente las patronas, las hijas de estas y sus criadas, sino otra clase de gentes peor si cabe que aquellas. Con el concurso de todas se forma una casa de orates, una babilonia, una antesala del infierno como ántes decíamos. Procuremos pues dibujar á grandes rasgos (¿quién sabe si brochazos?) alguno que otro tipo,

(1) No hay tales excepciones; pero lo digo por si acaso lee esto mi patrona actual, poder librarme de su furor y salir vivo de su casa. Ya no se acostumbra á pasar la vista por las notas: por eso no encuentro inconveniente en hacer esta aclaración para descargo de mi conciencia.

y describir los tormentos á que un pacífico ciudadano se encuentra condenado en el momento que solo y sin familia tiene precisión de vivir en la corte.

Es necesario advertir que las habitaciones son gallineros, donde están unos encima de otros; donde falta la suficiente cantidad de aire para que se pueda respirar; donde á pesar de haber departamentos principales en que la cuota que para ocuparlos se satisface es proporcionalmente á la de los demás como un palacio á una choza, no por eso se hallan sus inquilinos á distancia respetable para poderse llamar independientes. Uno hay que se da este título en la casa donde estoy; pero es diputado de oposición, y se comprende bien que aun cuando no lo sea se lo llame. Este señor (es el primer tipo de la escala social que voy á recorrer; se entiende, en cuanto al pago de pupilaje) este señor, decia, diputado por un distrito de provincia, llega á la capital de la monarquía un mes despues de principiada la legislatura (en el día la mayor parte recurren á este medio para no hacer un viaje en balde); se instala en la habitación principal, y excepto cuando asiste á las sesiones ó visita los ministerios para activar las exigencias de sus hijos, sobrinos, parientes y testamentarios, todo lo demás del día lo pasa encerrado en su gabinete ensayándose (1) en el tono y las maneras que debe emplear en el palacio del Congreso al dirigir una interpección al gobierno de S. M. Dejarémos este tipo número uno, porque podríamos hacer una digresión inconveniente.

El número dos es un capitán de reemplazo que vivía en Canarias, y habiendo llegado á su noticia que era ministro de la Guerra uno que fué subalterno suyo hace pocos años, emprende precipitadamente su viaje, y llega á Madrid con esperanza de que presentándose á su amigo le ha de hacer justicia: pero ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! aun no ha fenido tiempo de descansar, cuando una mañana oímos en su cuarto grandes voces.—¿Qué le pasa á D. Trifon? preguntamos todos á la patrona.—¿Qué le ha de pasar? que ha caído el ministerio.—¿Y eso le admira? pues ya debia saber que en el día se relevan los secretarios de Estado como los tiros de las postas peninsulares.

El número tres es un exclaustro que desde la oración hasta las doce de la noche forma un solo cuerpo con su breviario, y dirige preces al Altísimo (á voces por supuesto), para que le saque del triste estado á que le condenó la revolución.

El cuarto, un aprendiz de cantante que necesita vocalizar en ayunas, y nos sirve de despertador, regalándonos al mismo tiempo un buen almuerzo de escalas ascendentes y descendentes en tonos mayores y menores.

El cinco, un profesor de violon del teatro del Príncipe... no hay mas que decir sino que le toca á las mil maravillas.

El seis, es un estudiante de farmacia muy bruto, que tiene precisión de leer en voz alta para aprender la lección de memoria.

¡Vaya una media docena! pero cuidado que aun no conté con la huésped. Esta es una bailarina del Instituto, que tiene todo su talento en los talones, y principalmente en la punta del pié izquierdo; cuando principia á hacer *batimanes* ó *batipedes* no hay mas recurso que... aguantarse, y esperar con calma el instante en que el pavimento cede á tan violentas sacudidas.

En vista de esto, y considerando que se reunen muchas veces al día las peroraciones del diputado, las voces del capitán, los murmullos del exclaustro, los gorgoritos del cantante, las escalas del músico, los gritos del farmacéutico, y los batimanes de la bailarina, díganme Vds. si he calificado exageradamente los establecimientos de que tratamos; mucho mas cuando he separado de intento las incomodidades que sufre por lo regular todo vecino aunque habite en casa propia; como por ejemplo, los repiques de las campanas, los golpes de algun calderero inmediato, las seguidillas de las fregatrices, y por último las insufribles arpas y orgañillos de que se encuentra inundada la muy heroica villa.

En una palabra, anatemas y nada mas que anatemas podemos dirigir á las casas de huéspedes, pero bendiciones y solo bendiciones reciben continuamente del bello sexo. Si el benévolo lector que hasta aquí me ha seguido no alcanza la razón, será por lo fatigado que se halle de tanta prosa; mas si reflexiona un instante, conocerá que las patronas son los ángeles tutelares de las jóvenes casaderas. ¿Cuándo habia de pensar el hombre en el matrimonio si aquellas no fueran unas serpientes de cascabel? Lo dicho; todo se conjura contra nosotros: si solteros, condenados á vivir en las antesalas del infierno; si casados... en el mismo infierno.

MANUEL BLANCO Y CANO.

Caminos de hierro en el Canadá.

En la actualidad se están construyendo en los estados del Canadá diferentes caminos de hierro que enlazan las principales poblaciones de aquella comarca. Nada ménos que á dos mil y tantas millas asciende la extensión de las vias proyectadas, una gran parte de las cuales está ya en visperas de entregarse á la explotación.

Tal es el movimiento de mercancías y de viajeros en aquel país, que la línea del Great Western ha recaudado en una sola semana, la que terminó en 14 de abril último, la enorme suma de 5,860 libras esterlinas, ó sean próximamente 580,000 rs. vn.

(1) Histórico.



Jubileo de Nuestra Señora de la Treille en Lila.

La procesion del jubileo secular de Nuestra Señora de la Treille no era únicamente la fiesta de Lila, sino tambien la de todo el departamento, y se podria decir la de la Francia religiosa, puesto que desde Carcasona, Bayona, Burdeos, Brest, Paris, de todas partes, en fin, han acudido fieles que querian asistir a esta solemne funcion del culto católico. Mas de 50,000 personas se habian dirigido a Lila para presenciar la festividad. Por el camino de hierro del Norte han sido trasportados a la capital de Flandes 32,000 viajeros, desde el 30 de junio hasta el 3 de julio, día de la fiesta. La compañía del camino de hierro se ha visto precisada a pedir a las compañías belgas la mayor parte de su material, y a pesar de esta precaucion, no han podido partir muchos miles de personas por falta de wagones. Saint-Omer, Calais, Valenciennes, Bruges, Bergues y aun Amiens no han podido enviar a Lila mas que una parte de sus habitantes, no obstante haber empleado todos los transportes imaginables, aun los que sirven comunmente por los animales.

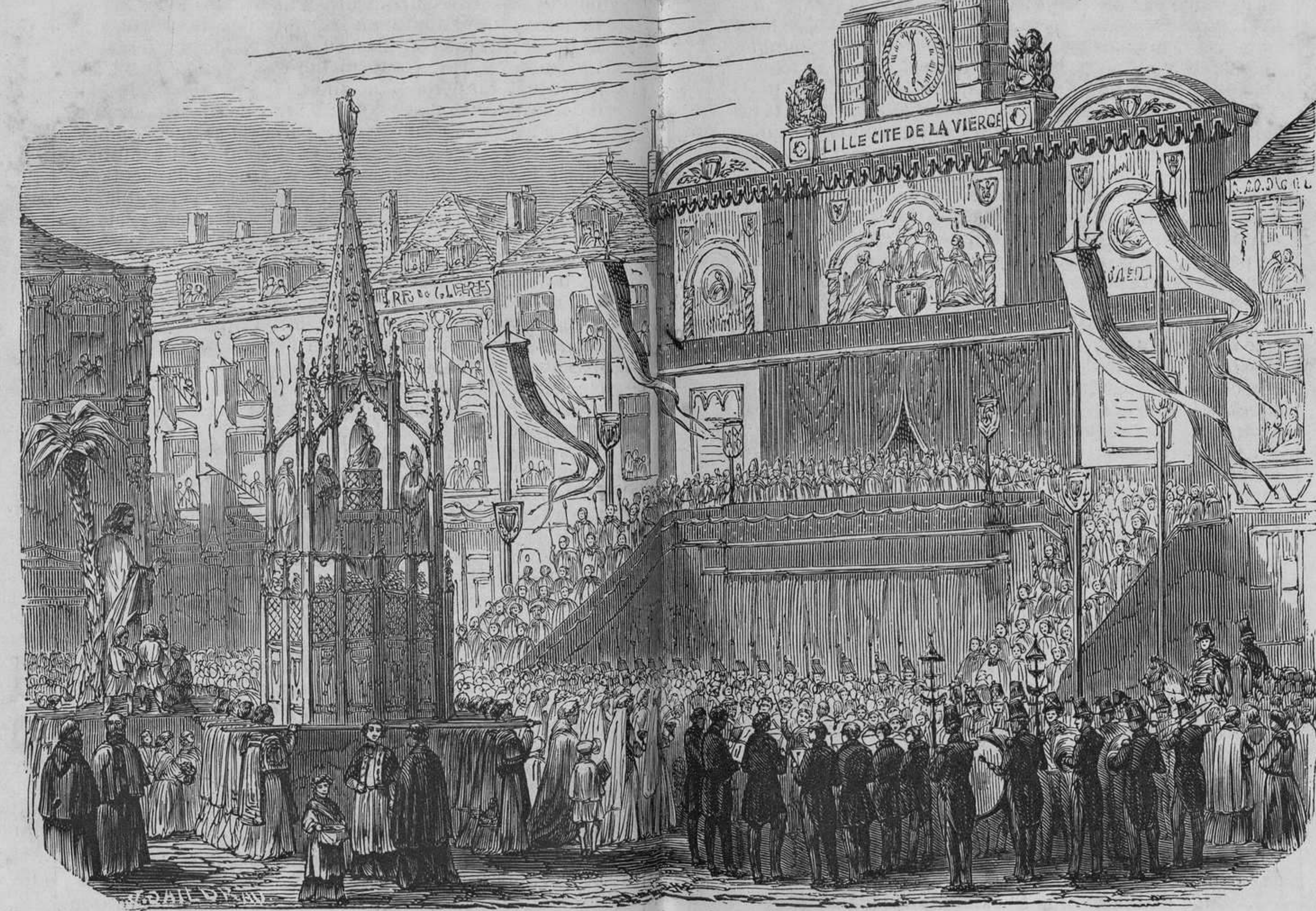
Entre los prelados que acompañaban a Monseñor Regnier se distinguan los obispos de Soissons, Arras, Perpiñan, Gante, Brujas, Lieja y Saint-Denis (isla Borbon); en fin, once arzobispos y obispos. En pos de estos iban el presbitero Capelle, ordenador del jubileo, misionario diocesano; los RR. PP. Souillard y Lavigne, predicadores del jubileo, y cuya fama está al nivel por su elocuencia con la de los RR. PP. Lacordaire, Ravignan, Felix, Ventura y otros.

Entre las autoridades civiles que acompañaban la procesion se observaba a M. Besson, prefecto del Norte, de gala y con el pecho cubierto de cruces; al ingeniero en jefe del departamento, y a otros funcionarios públicos.

La poblacion de Lila ocupaba por la noche las calles; la ciudad estaba iluminada y una gigantesca estrella eléctrica, que se veia desde Armentieres, iluminaba toda la ciudad.

A pesar de hallarse obstruido el embarcadero del camino de hierro, y de haberse marchado mas de quince mil personas por la noche, Lila continuaba pareciéndose a un hormiguero. Para dar una idea del entusiasmo que inspira esta solemnidad, bastará decir que una bohardilla, situada en la Plaza Mayor, piso tercero, se alquilaba por 60 fr., y que ventanas mejor situadas costaban 140 fr.

En resumen, la procesion de Nuestra Señora de la



Bendicion de la procesion del Jubileo, por los prelados reunidos sobre la Gran Guardia de Lila.

Treille, que no volverá a celebrarse hasta 1934, era, al decir de los entusiastas, uno de los mas sublimes espectáculos que pueda presenciar el hombre.

Nuestro dibujante, gracias a la bondad de M. Cornille, propietario del bello *Café Francés* de Lila, ha podido dominar toda la escena y reproducir, además de la procesion, algunos episodios de la fiesta, cuya descripcion copiamos de algunos periódicos.

« Nada es comparable, dice el *Reformista de Douai*, al esplendor y variedad de trajes de millares de jóvenes y niños que componian el cortejo, a la riqueza y el buen gusto de los emblemas, entre los cuales hemos notado los grupos ejecutados por nuestro conciudadano M. Blavier.

» Las calles que debia recorrer la procesion estaban adornadas con magnificencia. Los habitantes de los otros cuarteles habian puesto en sus casas colgadas y oriflames que revelaban la unanimidad de sentimientos de todos los ciudadanos de Lila para celebrar esta fiesta memorable.

» Una escena indescriptible ha tenido lugar, la bendicion desde el estrado de la *Gran guardia*, dada por los doce prelados asistentes y el cardenal que presidia la funcion.

» La administracion habia hecho colocar con este objeto una colgadura de terciopelo guarnecida de oro, y un hermoso cuadro de Nuestra Señora de la Treille.

» La plaza estaba cuajada de gente, que escuchaba con respeto la palabra del obispo de Nevers, cuyo oragano tiene una extension casi inconcebible. Los gritos de ¡viva Maria! ¡viva Nuestra Señora de la Treille! han respondido al caloroso llamamiento del orador.

» En un sermón predicado la víspera, el elocuente prelado dispuso la inquietud de los habitantes con respecto al tiempo que contrariaba sus preparativos. Aseguró en nombre de la Virgen que haria buen día, y la Virgen ha manifestado otra vez mas que todo se puede esperar de su poder y caridad.

» El tiempo amenazaba por la mañana; á mediodía llovia, á las dos negros nubarrones estaban suspendidos sobre las bellas guirnaldas que decoraban las casas, sobre los estandartes que salian de las iglesias, sobre los preciosos niños, y los millares de ángeles y de vírgenes que atravesaban las calles para dirigirse á los puntos que les habian sido señalados. Oyense las dos y media; el cañon y las campanas anuncian que la urna de Nuestra Señora de la Treille sale de Santa Catalina: las nubes desaparecen, y el sol alumbra la ceremonia y derrama la alegría en todos los corazones.

P.



J. Galdran

MARGARITA PUSTERLA.

(Continuacion.)

Entregado á estos pensamientos, Buonvicino se acercó á la puerta de Algiso, que se llama hoy puerta de San Márcos. Entró por ella, y se encontró cerca de la iglesia de los *umiliati* de Brera.

El día y á la hora en que entraba Buonvicino, un corto número de fieles á quienes la edad ó sus ocupaciones no permitían ir con la multitud á recorrer las siete estaciones, se habian reunido allí para ofrecer el homenaje solitario de su piedad al que oye todas las oraciones donde quiera que se reciten.

La órden de los *umiliati* habia nacido en Milan unos tres siglos ántes, constituida por una asamblea de seglares que se habian reunido en una casa para vivir piadosamente, y en la cual las mujeres no se hallaban separadas de los hombres. San Bernardo cuando viajaba para predicar la cruzada como Pedro el Ermitaño, dió reglas á esta comunidad, que admitió algunos sacerdotes y que separó los sexos. Esta fué la órden segunda de los *umiliati*, y en un terreno llamado Breda ó Brera edificaron el convento que tomó el nombre de la propiedad. La tercera órden reconocía por fundador al beato Giovanni de Meda, quien en la casa de Rondineto, hoy colegio Gallio en Como, fundó los sacerdotes *umiliati*. La órden se acrecentó de tal suerte, que el territorio de Milan contenía doscientas veinte casas, y se distinguía de la órden antigua de san Benito, y de las recientes de Santo Domingo y San Francisco, en que la regla de su instituto era el trabajo manual.

La seda era cosa rara en aquella época; la libra costaba mas de treinta pesos. Parece que Milan no habia poseído una manufactura de seda ántes de 1314, cuando un gran número de luqueses, expulsados de su patria por la tiranía de Castruccio, se diseminaron por Italia llevando consigo esa industria que florecia en su país. Por el contrario el comercio y la fabricacion de la lana eran activos en el Milanésado, y los *umiliati* hacian la mayor parte. Los de Brera habian enviado á algunos frailes de su convento á Sicilia en 1305 para establecer allí algunas manufacturas. Por Venecia expedían á Europa muchos paños que les valian sumas crecidas, y con ellas compraban tierras, socorrian á los pobres, y podían en cierto modo preluir el papel que ha desempeñado despues la Compañía de las Indias en la Inglaterra, prestando á su ciudad, al emperador Enrique VII y á otros soberanos.

De este modo gozaba esta órden de mucho crédito. Sus miembros desempeñaban destinos públicos, tales como la cobranza de los impuestos, los derechos de puertas, el banco de depósitos y de transporte. Pero esta institucion como tantas otras se corrompió. Las riquezas se disiparon en gastos criminales; al trabajo sucedió la ociosidad y los vicios que ella engendra; las rentas de la órden eran disipadas en lujosos banquetes y otros placeres por los administradores de sus propiedades. Los escándalos subieron á tan alto grado, que san Carlos Borromeo pidió en 1570 la abolicion de la órden, destinando la mayor parte de los bienes á fomentar la entónces naciente compañía de Jesuitas. Estos, despues de cierto tiempo, fueron abolidos por el papa, y el palacio no concluido que habian levantado en Brera, fué consagrado á la enseñanza, á las bellas artes y á la astronomía; y en él se hallan hoy mismo sus escuelas y modelos.

Así, una granja se convirtió en manufactura, á esta sucedió la enseñanza y el culto de lo bello, de manera que el palacio puede en cierto modo resumir la marcha de la sociedad. En tiempo de Buonvicino se alzaba en este sitio un monasterio con la arquitectura austera de la época, y una iglesia gótica, revestida exteriormente de un mosaico negro y blanco. En los dos campos laterales se veía en un bajo-relieve, á un lado, á san Roque, muerto pocos años hacia, despues de una vida consagrada al servicio de los atacados por la peste, por lo cual se le reverenciaba como protector contra el contagio, entónces tan frecuente; al otro, la colosal figura de san Cristóbal con el niño Jesus á caballo en su hombro. En medio habia una puerta cuyo arquitrave era formado por haces y columnitas cortadas en espirales y rodeadas de flores, arabescos y pájaros esculpidos en la piedra. Encima, se dibujaba un ángulo agudo, que soportaba una pequeña terraza sostenida por dos columnas de pórfido, que descansaban sobre dos grifos con las alas extendidas. Esta terraza era el púlpito desde el cual predicaban los frailes en los dias festivos al pueblo reunido en el recinto sagrado á la sombra de un olmo secular.

¡Hay momentos en que nuestra alma se ve como forzada á meditar acerca de todos los objetos que hieren nuestros sentidos. Las cosas que habiamos visto cien veces con indiferencia nos sorprenden en este instante. Cuatro veces habia pasado Buonvicino por esta plaza, delante de esta iglesia sin hacer mas que inclinarse como ante un lugar sagrado!

Ahora se para, mira á la puerta lateral de la iglesia que daba al convento, y lee esta inscripcion: *In loco isto dabo pacem*, en este lugar daré la paz. ¡La paz! ¿no la habia perdido él? ¿no la buscaba? ¿hay cosa mas dulce que un momento de calma despues de una borrasca? ¿porqué dejaría de entrar en el recinto que la prometía?

Entró. El convento, cualesquiera que sea la opinion que se tenga de la vida ascética, era un refugio buscado por el hombre abrumado de dolor. Su piadoso reposo, su silencio, su desprecio de las cosas mundanas

los asemejaban á islas de salvacion en medio de un mar tempestuoso, y el corazon, agitado por la fortuna (palabra que encubre la deslealtad, la ingratitude, la improbidad de los hombres), buscaba allí y hallaba á veces el bálsamo del olvido. Entre los raros sucesos de mi vida, los ocho dias que quise pasar en un monasterio, no me salieron de la cabeza. La situacion del convento bajo un cielo incomparable, realzado por la vista de la fecunda riqueza de los valles y de las montañas, contribuyó sin duda á devolverme la tranquilidad que habia venido á buscar en el claustro. Pero bajo aquellos pórticos silenciosos, en aquellos claustros perdidos, poblados de seres diferentes en apariencia de los que vemos en el mundo, Dante Alighieri se presentaba frecuentemente á mi imaginacion, cuando errante como yo, habiendo abandonado los mas queridos objetos, como yo mismo, indispuesto contra su patria y sus compañeros de infortunio, se sentó para meditar en un claustro de la diócesi de Luni. Viéndolo un fraile inmóvil, absorto en honda meditacion, se acercó y le dijo:

— ¿Qué buscáis, buen hombre?

— El respondió: ¡La paz!

Este deseo llevó á Buonvicino al vestíbulo, adonde acudían los pobres por la sopa que se les distribuía todos los dias al mediodía. En las paredes se veía la historia fabulosa ó fingida de la institucion de los *umiliati*. Los que admiran hoy en este palacio las obras capitales de los maestros antiguos y de los modernos, podrían figurarse con dificultad suma esas toscas pinturas, largas, sin movimiento, sin sombras, sin fondo ni perspectiva. Adivinar lo que significaban aquellas composiciones no hubiera sido fácil, si versos tan groseros como las pinturas no hubieran ayudado á descifrarlas. A la derecha habia ruinas de casas y murallas de iglesias, y la palabra Milan indicaba que las ruinas eran las de la ciudad, cuando Barbaroja la habia devastado con sus confederados, muchos de ellos italianos. Algunos caballeros de rodillas y en traje de luto representaban á los de Milan, que hicieron voto, segun la tradicion, si se libertaba la patria y se alzaba de su abatimiento, de reunirse para hacer penitencia. Así lo declaraba la inscripcion siguiente, versificada, á lo ménos en la intencion del autor:

*Come divoto Mediolano du Barbarossa cum la mano
Li militi se botano á Maria, ke laudata sia.*

Despues de la destruccion de Milan por Barbaroja y su gente, Los soldados se consagran á Maria, que alabada sea.

Al lado opuesto se habian figurado casas terminadas ó próximas á terminarse, para representar á Milan reedificada por la fraternidad de todos los ciudadanos. Una docena de damas y caballeros se dirigian á la iglesia, cargados con sus riquezas. Encima de esta iglesia y en nubes que parecian balas de algodon, aparecía la Virgen, y la inscripcion decia:

*Questi sonno li militi umiliati quali in ipsa civitati
Solvano li voti sinceri. Dicette un Ave, o passagieri!*

Estos son los soldados *umiliati* que en esta ciudad Cumplen votos sinceros. Decid un Ave, ¡o pasajeros!

Estas toscas pinturas y rudas poesías no chocaban á Buonvicino, poco habituado á cosas mejores. Aunque Dante y Giotto, padres de la poesía y de la pintura, habian ya venido al mundo, aunque los cantos del primero fueran leídos y comentados en Lombardia, al paso que Giotto habia pintado para la córte de Azzone Visconti, el gusto no se hallaba extendido.

Además, los asuntos que representaban respondían á la situacion de Buonvicino, que se sumergió en honda meditacion. El portero Angel Gabriel de Concorrezzo le dijo acercándose: ¡El Señor os bendiga! Buonvicino entró en un patio; un pozo abierto en el centro tenia al rededor suyo el *agnus castus*, árbol que se veía en muchos claustros, porque se le atribuía la propiedad de mantener intacto el voto de castidad.

Todo era paz allí. Numerosas cortinas tendidas en las vastas salas convidaban al recogimiento. Vefase de vez en cuando algun fraile con la túnica y la capucha blancas, una cuerda á la cintura, las sandalias en los piés, y el rostro lleno de la tristeza grave que convenia con este dia de luto universal. Ellos estaban acostumbrados á ver á los forasteros recorriendo su morada; no alababan sus bellezas, ni temían ni preguntaban nada. Cuando pasaban junto á Buonvicino, decían: *Pax vobis*, y continuaban su camino.

Este conjunto producía en el alma de Buonvicino el efecto que un apacible zéfiro en las olas de un lago agitado. Vagaba por el recinto perdido en sus reflexiones, pero sus pasos se calmaban y revelaban que la paz penetraba en su pecho gradualmente. Guiado por el sonido de una lúgubre melodía, llegó á la iglesia. El templo estaba sumido en la oscuridad: un murmullo de oraciones pronunciadas por los fieles perdidos en las tinieblas, recordaba los espíritus angélicos que gimieron invisibles en tal dia en el templo de Jerusalem, mientras que espiraba su Criador. Los padres entonaban las Lamentaciones de Jeremías, y la narracion simple y práctica de la muerte del Cristo.

Buonvicino entró á tientas, y encontró junto á una columna cierta cosa que el tacto le reveló como un sepulcro, sobre el cual habia esculpida la efigie del personaje que encerraba. Arrodillóse delante de esta tumba, que era la sepultura de Bertram, primer gran maestre de los *umiliati*, muerto en 1237. Buonvicino

apoyó su frente en la piedra sepulcral, vertiendo abundantes lágrimas. Una tierna piedad se apoderó de su espíritu. Meditando en la pasion de Jesus, el sentimiento de un dolor comun se habia sustituido en su alma al de sus propios pesares, á la idea de su reciente yerro, de su patria y de Margarita. ¿Qué goce mundano no termina por el fastidio y la melancolía? Aquí al contrario, á la austeridad de la cuaresma sucederá el *Alleluia*. Pronto resonarán estas palabras: « ¡Jesucristo ha resucitado! »

Buonvicino sintió conmovido su corazon, y resolvió dejar el mundo. Por la tarde solicitó ser recibido como novicio, y poco tiempo despues profesó y tomó el hábito. La congregacion se congratuló con recibir en su seno una persona tan distinguida. La sorpresa fué grande en el mundo. Los buenos bendijeron al Señor; Buonvicino fué mas querido por sus amigos y respetado por sus superiores; y hasta los malos confesaban su mérito y sus virtudes.

Durante algun tiempo, gozando de la paz en el Señor, se dedicó al cumplimiento de los deberes de su nuevo estado; despues resolvió hacerse sacerdote. Para ejercitar su paciencia é instruirse, se puso á transcribir la Biblia. ¡Qué pasto para su inteligencia y su corazon! Además de las verdades divinas que el libro le revelaba, cómo aliviaba sus sufrimientos y confortaba su espíritu!

Largo tiempo vivió separado del mundo. Comenzó á salir para predicar, y llamó la atencion, no tanto por su elocuencia como por su bondad paternal. Con preferencia se dirigía al pueblo, y sobre todo á los del campo. « Al pueblo ha hablado Jesus, y en el pueblo ha escogido sus discípulos, primicias de la Iglesia. » A los ignorantes les enseñaba la igualdad original de los hombres y su comun destino: señalaba nuestro punto de partida y el puerto á donde vamos á parar. El tema constante de su predicacion eran los deberes de los padres y los hijos entre sí, los de los esposos, los de los trabajadores. Pronto pasó por un santo; sin embargo, no habia ido en peregrinacion ni al monte Gargano, ni á Roma, ni á la Tierra Santa; jamás habia hecho esos milagros de que tanto se abusaba entónces, pero obraba uno mas insigne, el de mejorar á los hombres con sus palabras, y lo que vale mas, con su ejemplo. Trató de poner remedio á sus querellas, tan frecuente entre aquellas generaciones groseras, y obtuvo conversiones maravillosas. Muchas podría referir si el lector no me preguntara si esta novela es la leyenda de los santos; solo diré que una vez un miembro de la familia de los Bossi, y otro de la de los Azzati, notables plebeyos, vinieron de las palabras á los hechos; en pos de ellos muchos hombres se disponían á tomar partido, y todo anunciaba una sangrienta pelea.

Es menester llamar á fray Buonvicino, dijo un testigo prudente; fueron á buscarlo, acudió, procuró calmar la irritacion recordando las promesas y amenazas del Cristo, que quiere que seamos, como él, humildes de corazon. Pero el Bossi, que era el mas intratable de los dos, cegado por la cólera, se dirigió contra el fraile, blasfemando de las cosas sagradas, y llegó á golpearlo. Pegar á un religioso era juzgado un sacrilegio, y muchos circunstantes retrocedieron aterrados, al paso que otros se aprestaban á la venganza.

Buonvicino, recordando su vida antigua, rechazó al enemigo, lo derribó al suelo, y levantaba el puño, cuando su enojo se calmó de repente. Volvió en sí, y suspiró viendo que prevalecían en él los hábitos de su juventud. Levantó el temerario, se arrodilló ante él, y con humildad sincera y generosa le dijo:

— Perdonadme, yo no sabia lo que hacia.

Esta piedad conmovió al violento Bossi, quien, echándose á los piés del ofendido, le pidió perdon en alta voz. Luego, dócil á la voz de su conciencia, fué modelo de virtudes cristianas.

La fama de Buonvicino se extendió rápidamente en Milan. En aquel tiempo, en que todo era cólera y facciones en la Iglesia, en las plazas públicas, en los conventos y en los campos de batalla, cada partido queria alistar al fraile en sus banderas. Disputaban entónces los teólogos con mucho ardor si la gloria del Monte Tabor era creada ó increada, si el pan que comía Jesus y la túnica que lo cubria le pertenecían en propiedad, ó solo en usufructo; si los ángeles y los santos gozaban de la vision beatífica de la divinidad, ó si se hallaban bajo la proteccion de la humanidad del Cristo hasta el dia del juicio. Pero Buonvicino respondía cada vez que lo querían hacer decidir entre el doctor Angélica, el doctor Sutil y el doctor Singular, que Dios no es el Dios de las disputas, que queria estudiar la religion para tributarle un homenaje razonado, y no para introducir la soberbia de la ciencia humana en las cosas que el sabio venera en silencio. ¿Qué sucedió? Que por pronto todos los partidos lo condenaron, llamándolo cristiano pusilánime y ciego creyente. No contestó, perseveró en su conducta, y como sucede siempre, todos los partidos lo respetaron mas tarde.

Pero lo que él sabia por haber estudiado los vicios de la ciudad entre los grandes y los pequeños, era que remedios debían emplearse. La libertad, perdida por la violencia de los tiranos y la corrupcion de los hombres, debía recobrase por medio de la predicacion evangélica, escuela de verdadera libertad, freno para la tiranía de los jefes y la licencia de los subordinados, solucion del gran problema social, que consiste en lograr que cada uno se contente con su estado sin envidiar el de los otros.

Pero no se crea que en medio de su nueva vida habia olvidado á Margarita; hay pasiones que son indelebles.

No temía su desden, porque había visto las lágrimas de la separación. Recordábalas como el sér mas querido del mundo que había dejado. Durante mucho tiempo no se arriesgó á verla. El primer día que habló de ella á Pusterla, quien con otros amigos iba algunas veces á verlo, su nombre, como si fuera de fuego, murió en su boca mas de una vez, y por fin no lo pronunció sin que su rostro se encendiera. Pero el espíritu acabó por dominar la materia: y cuando Pusterla hablaba de su felicidad doméstica, se sentía inundado de un virtuoso trasporte. En sus oraciones rogaba por Margarita sin que el pensamiento de la criatura lo apartara del pensamiento del Criador; una esperanza lo lisonjeaba, la de que sus expiaciones atraerian sobre la cabeza de Margarita una larga serie de dias felices. Sus esperanzas no debían realizarse; la verdadera dicha germinaba raras veces ó nunca en este suelo.

Cuando tuvo confianza en sí mismo fué al palacio de Margarita. Con un corazón muy diferente pasó el puente, subió la escalera y entró en el memorable salon, donde halló á Margarita jugando con Venturino.

¡Qué momento para aquellos dos corazones! Pero ambos se presentaban con la fortaleza que da una resolución virtuosa. El habló de Dios y de la fragilidad humana; recordó lo pasado ligeramente, y le pidió perdón; en seguida sacó de la cintura su rosario de granos de cedro con incrustaciones de nácar, y se lo dió á Margarita, diciéndole: « Recibid este rosario como memoria mia, y ¡ojalá que un dia os sirva de consuelo! ¡Rezando vuestras oraciones, rogad á Dios por un pecador! »

Estas palabras y este don hicieron brotar las lágrimas de los dos amantes. Margarita besó el rosario que tenía para ella un carácter sagrado, mientras que adivinaba que su nombre había debido presentarse muchas veces á Buonavicina en el periodo de este largo trabajo.

Este rosario y la cruz que lo terminaba, debían mezclarse, ¡y de qué modo, á las aventuras de la desgraciada!

Monografía de la corbata.

Varios escritores han pretendido demostrar que el uso de la corbata es de origen moderno. Si bien es cierto que los antiguos no conocieron el arte de rodear elegantemente el cuello con un pañuelo ó un pedazo de tela, es lo tambien que los egipcios, para librarse de los peligrosos efectos del aire y del sereno, se cubrían la garganta con una cinta de seda ó de lana, adornada algunas veces de oro y de pedrerías. En algunos pueblos griegos se adoptó esta costumbre; pero los espartanos consideraron siempre como un punto de honor el presentarse en público con el cuello descubierto. Los romanos creyeron tambien que interesaba á la dignidad nacional el permanecer con el cuello desnudo; sin embargo, cuando hacia mal tiempo, ó el frio era mas vivo que de costumbre, se les veía aplicar su mano á la garganta y cubrirla con el extremo de la toga. Ultimamente, se usaba en Roma una especie de corbata que se llamaba *focal*. Alejandro Severo se servía de ella cuando salía del baño para dirigirse á su palacio. Augusto la usaba tambien con frecuencia, aunque nunca se presentaba con ella en público; y Neron, segun refiere Tácito, llevaba siempre un pañuelo al cuello para conservar la claridad de su voz.

A la caída del imperio romano, todos los bárbaros que habían venido á establecerse en el Mediodía de la Europa, llevaban sus vestidos tan escotados por el pecho y por la espalda, que su cuello permanecía siempre completamente desnudo. Los orientales, los rusos, y una parte de los habitantes de la Polonia y de la Hungría conservan la costumbre de no ponerse nada al cuello, aunque los rusos, para librarse del mucho frio que ordinariamente reina en su país, dejaban crecer su barba, que les abrigaba suficientemente parte de la cara, el cuello y lo alto del pecho.

A medida que la civilización añadía alguna prenda al traje de nuestros antepasados, creaba ella nuevos gustos y daba nacimiento á la moda.

Las camisas no se trajeron en Francia hasta la época de las cruzadas. Mucho tiempo se estuvieron haciendo de una especie de lana muy ordinaria, y al fin del siglo IV fué cuando empezó á hacerse uso de camisas de tela: se llevaban sin cuello; pero poco tiempo despues se pensó añadir un pedazo de tela para abrigar la garganta, y de aquí nacieron las gorgueras, los cuellos elevados, las tocas bordadas y las gargantillas plegadas. Esta moda, que se introdujo bajo el reinado de Francisco I, duró hasta despues de la muerte de Enrique III. Entonces cambió la moda, y el cuello que se había añadido á la camisa se echó sobre el vestido. El cuello extendido así y recortado un poco por detrás, se llamaba *valona*, reforma que vino á ser el adorno indispensable de todos aquellos que pretendían seguir con regularidad á las modas; y como el lujo iba siempre creciendo, se inventó hacer las *valonas* postizas, y de una tela fina y almidonada, guarnecida de encajes, que se unían por delante por medio de dos cintas adornadas de borlitas mas ó menos ricas.

De aquí se deriva la etimología de la palabra corbata. Menage dice que esto es una corrupción de la antigua palabra *carabata*, que era una clase de cuello para uso de los carabineros, especie de caballería ligera del siglo XVI. Furetierre, al contrario, pretende que esta pa-

labra viene de la costumbre que tenían los croatas de llevar al rededor del cuello un pedazo de tela, al que se había dado aquel nombre. Lo que nos obliga á separarnos de esta opinion es que en el año de 1660 se vió llegar á Francia un regimiento de caballería extranjera, compuesto de croatas, que llamaba la atención por la singular costumbre de llevar al cuello una especie de adorno de tela ordinaria; los soldados y los oficiales de muselina ó de seda, cuyos extremos, formando un lazo y guarnecidos de borlas, caían sobre el pecho con notable elegancia.

Inmediatamente fué imitada esta moda por los parisienses, que le dieron el nombre de *croate*, y por corrupción el de *crabate*.

El regimiento que la dió á conocer primero fué llamado mas tarde *royal Cravate*, nombre singular que conservó hasta la conclusion del reinado de Luis XV; luego este regimiento vino á llenar en el ejército francés las mismas funciones que la antigua caballería ligera, carabineros y albaneses, y que los pandoros y húsares de los emperadores de Alemania. La gran boga que logró adquirir la corbata, imitación de las que traían los soldados extranjeros, hizo que se abandonara la moda de las valonas, dejando solo su uso á los eclesiásticos y á los togados, quienes la modificaron y la dieron nueva forma, que ha conservado hasta nuestros dias.

En la batalla de Steinkerque, ganada por el mariscal de Luxemburgo el 3 de agosto de 1692, Guillermo de Orange había sorprendido al ejército francés cuando el calor del dia era mas vivo y mas grande; los príncipes de la sangre real de Francia, ansiosos de tomar parte en el combate, volvieron á ponerse sus largas y ricas corbatas de encaje, vieron á sus soldados en desórden, y reconocidos por ellos los llevan otra vez á combatir. Desde entónces toda la Francia quería llevar sus *steinkerque*, y la moda duraba aun bajo la regencia, porque Regnard la cita pintando la costumbre de los elegantes de la época.

Esta moda, que no podía durar mucho tiempo, dió lugar á otra menos complicada, la de una corbata casi parecida á la nuestra, con la diferencia que los extremos no estaban guarnecidos de encajes ricamente bordados. A esta época es donde quieren hacer remontar la introducción en los regimientos franceses del cuello militar, que no era mas que una corbata sin presilla, fija al rededor de la garganta por un broche ó hebilla, y cuya forma, lo mismo que el traje, ha variado despues multitud de veces.

El uso de los cuellos pasó del ejército al mundo elegante, quien los traía de batista, de seda negra y de tafetan del mismo color; así se estilieron hasta la conclusion del reinado de Luis XVI. Durante un corto tiempo fueron sustituidos por los lazos de cintas y los abofellados; pero fué de corta duracion la moda de estos nuevos adornos, porque la revolucion que iba tomando formas gigantescas, fué destruyendo no solo las antiguas instituciones políticas, sino tambien reformando las costumbres, cambiando los usos del pueblo, y no dejando del pasado mas que los recuerdos.

Antes de la revolucion francesa, dice el célebre cirujano Percy, se llevaban pocos cuellos, tratando de imitar á los romanos, á los griegos y á los espartanos; pero como era preciso que la garganta se hallara completamente desnuda á ejemplo de Bruto, Pericles y Leonidas, á quienes ellos habían tomado por modelos, se escotaban tanto, que se cuenta de ciertos individuos sumamente exagerados, que llevaban descubierto hasta cerca del pecho, costumbre que tenía cierta cosa de siniestro remedando á las víctimas de aquella época, y no excitando mas que la burla y el desprecio.

Por esta época volvieron á llevarse las corbatas con tal furor, que la relacion que se haga de ellas parecerá muy exagerada para el que no haya sido testigo de ellas: había algunos que envolvían el cuello en piezas enteras de muselina; otros con tantos pañuelos, que formaban una especie de promontorio, levantándose sobre el nivel de la cabeza: el cuello de la camisa llegaba por encima de las orejas, y por delante hasta cubrir el labio inferior, de modo que con la cara rodeada de una larga barba, y con el pelo sumamente corto, presentaban el aspecto mas ridículo que se puede imaginar. El alma parecia limitada á las mismas proporciones que el rostro: ¿y cómo con semejante traje podría conservarse el libre ejercicio de las facultades intelectuales? La cabeza debía hallarse llena de sangre, y el cerebro en una compresión permanente: así es que esta moda extravagante fué causa de multitud de apoplejías fulminantes y de delirios incurables. Eran graciosas caricaturas vestidas de tal modo que no podían mirar mas que de frente, y cuando querían ver lo que pasaba al lado suyo, tenían necesidad de volver todo el cuerpo, con el cual formaban una pieza inamovible el cuello y la cabeza, de suerte que parecían estatuas grotescas, medio bosquejadas aun.

Como en Francia el uso de las corbatas no ha tenido, como en Inglaterra, el objeto de cubrir las deformidades ó las horribles cicatrices que las escrófulas dejaban tan frecuentemente en los hijos de la soberbia Albion, se cansaron bien pronto de ellas, y en tiempo del consulado se vieron ya aparecer los cuellos de muselina, que muy pronto fueron sustituidos por la corbata de elegante lazo; entónces nació el arte tan completo de unir con gracia los dos extremos de la corbata, de modo que indicara el nacimiento, la educación, el tono, y lo que es mas, los diversos sentimientos que podrían agitar al que así adornaba su cuello.

Sería necesario escribir un volumen muy abultado,

si fuéramos á hacer relacion de las diversas variaciones que ha sufrido la corbata, y los diferentes nombres que se han aplicado al modo de llevarla. Citarémos los mas principales, y dirémos que se han llevado corbatas á la *Matemática*, á la *Marat*, á la *Americana*, á la *Italiana*, á la *Irlandesa*, á la *Provincial*, á la *Oriental*, á la *Militar*, á la *Melancólica*, á la *Byron*, á la *Talma*, á la *Bergami*, á la *Negligée*, á la *Gastrónoma*, á la *Arlinecourt*, á la *Colin*, á la *Rossini*, á la *Lionesa*, etc., etc. Todo el mundo sabe que despues del paso glorioso del *Col de Teniah* en Africa se designa con este nombre á los enormes cuellos de camisa altos y muy almidonados, que llevan ciertos personajes algo atrasados en su *toilette*. Burlosamente se llaman *velas* á estos cuellos en los pueblos de puerto de mar.

Los cómicos de provincias y algunos artistas y estudiantes de Paris, que no tenían crédito con la planchadora ni con la lavandera, introdujeron la costumbre de los cuellos de papel; pero nadie se había presentado con ellos en el gran mundo, hasta que de repente se vió á uno de los libreros mas ricos de Paris presentarse en los paseos y en los salones de la capital con un magnífico cuello de papel vitela, al que había añadido un ligero adorno de pespunte, artísticamente trazado con una regla y un punzon.

Esta moda hizo furor durante muy corto tiempo, porque era económica, y porque presentaba tales inconvenientes, que al momento se caían ó se ponían inservibles por la lluvia ó el calor.

No pasamos á hablar de la corbata bajo el punto de vista higiénico, ni de los peligros que ella ofrece cuando está demasiado ajustada; tampoco nos extendemos sobre los diferentes colores que segun las circunstancias debe tener la corbata; todo el mundo sabe que el color de este adorno, lo mismo que el de todos los demás que cubren al hombre, indican con mas ó menos seguridad el gozo ó tristeza que les domina. Esto sucede tambien en el modo de llevarla, y por eso se halla uno dispuesto á calificar de loco á aquel que tiene la corbata en completo desórden, mientras que por el contrario, un lazo hecho con esmero y cuidado indica un carácter juicioso y amigo del órden.

Es verdad que todos estos indicios varían segun las circunstancias y segun las exigencias de la moda.

Los colores de la corbata no son tampoco los menos significativos para dar á conocer el carácter de cada uno, si ha habido libertad en la eleccion. Por esto las corbatas de fantasía, que se llevan en la estación de verano, pueden, hasta cierto punto, indicar el carácter, el humor y el buen gusto del que la lleva. El hombre de genio alegre y festivo suele llevar la corbata de colores vivos y claros; el triste y ensimismado, de colores oscuros; el artista, de pequeños dibujos, en los que resaltan varias flores; el original, de un color especial en su género, pero elegante; y el pretensioso lleno de vanidad, de grandes rayas de muy mal gusto.

Fuera de estos colores que solo se traen en una estación dada y que suelen servir para el campo ó para salir de *negligée* por la mañana, los colores de la corbata realmente no suelen ser mas que de dos clases: blanco ó negro; el primero ha reinado absolutamente desde el tiempo de Luis XIV hasta la revolucion, y el segundo, traído por los militares bajo el imperio, subsistió durante las dos épocas de la restauración y de Luis Felipe. Ultimamente era de rigor para con trajes de sociedad, y la corbata blanca solo la usaban los recién casados. Hoy dia la corbata negra es mas bien de *negligée*, habiendo sido reemplazada para vestir por la blanca con las puntas bordadas.

Los lazos han vuelto á renacer, y es para los elegantes un requisito indispensable.

Lana vegetal.

Cerca de la ciudad de Silesia existen dos establecimientos, en los que desde hace algunos años se elabora lana vegetal, que sustituye ventajosamente al algodón y lana animal, para muchos usos. La materia de donde se extrae son las hojas del pino, abeto, y en general de todas las coníferas. Las ventajas que produce esta nueva industria, segun leemos en el *Eco de la Ganadería*, podemos reducirlas á las siguientes:

1.^a Sustituir de un modo favorable al acolchado de algodón ó lana en las mantas acolchadas.

2.^a Sustituir tambien ventajosamente á la crin animal para el relleno de los muebles de tapicería, preservándolos de la polilla á beneficio del olor aromático que exhala.

3.^a Hilada, teñida y peinada como el paño, da un tejido que puede emplearse en tapices, mantillas para caballos y otros usos análogos.

4.^a Mezclada con una trama de hilo, proporciona cuhiertas de camas, sumamente económicas.

5.^a El residuo líquido de la decocción de las hojas del pino, empleado como baños medicinales, produce saludables resultados por su propiedad aromática.

6.^a Concentrando hasta darle la consistencia de extracto, y colocado en vasijas selladas, puede trasportarse con objeto de emplearlo en el mismo uso á domicilio.

7.^a La materia membranosa obtenida cuando se lava la fibra amasada en forma de ladrillos y seca, sirve de combustible, y produce abundancia de gas para el alumbrado.

Creemos que semejantes ventajas no deben mirarse con indiferencia, y si aprovecharse en beneficio de la industria.

Le Rhin.



Shaffouse

EL RHIN.

SHAFOUSE.

El viajero exacto que se propone explorar minuciosamente el curso del Rhin, creeria sin duda alguna faltar al objeto importante de su propósito, si no subiera hasta el país de los Grisones, á fin de descubrir el principio del rio. Este aumento de fatiga no nos parece compensado sin embargo, por el único atractivo de satisfacer un escrúpulo de geógrafo, y no porque falten en ese espacio las bellezas naturales, pues al contrario se encuentran en gran número y en grande escala, pero ya el viajero ha tenido tiempo de familiarizarse con los aspectos pintorescos, con las sorprendentes maravillas de todo género que la naturaleza multiplica por todas partes en la Suiza, y de esto resulta que su imaginacion no recibe tan fácilmente las impresiones profundas de un espectáculo cuyo interés disminuye por el contraste.

Por el contrario, el viajero que busca ante todo los grandes efectos, deberá detenerse en Shafouse, que es donde comienza el Rhin, pues en su curso superior no hace mas que reclutar riachuelos, y describe un curso caprichoso segun el variado terreno que atraviesa. La masa general de las aguas presenta en ese estado una mezcla de tintas que cambian bajo la influencia de las circunstancias locales. Hasta Reichenau, donde se ensancha la madre del Rhin, nada puede dar todavía la

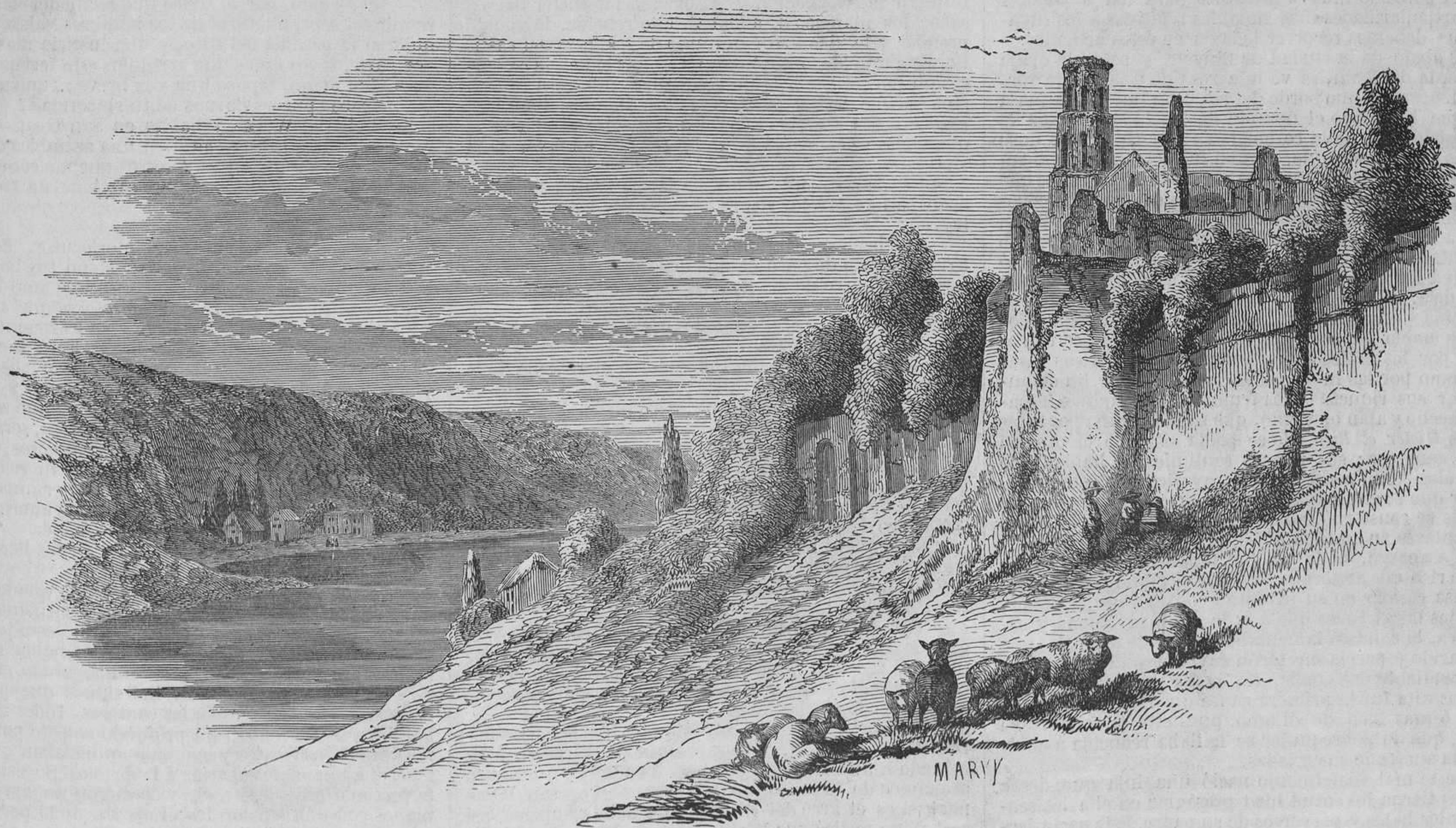


Heidelberg.

idea de un gran río; pero desde ese punto pierde su violencia, y reuniendo todas sus aguas serpentea majestuosamente por el hermoso valle de Rheinthal, y entra en el lago de Constanza, cerca de Reineck. Desde su salida del lago hasta Shafouse, esto es, en una extensión de nueve leguas, el Rhin es navegable; en Shafouse, la navegación se halla interrumpida por un di-

que de rocas que corta el río, y mas allá de ese punto, la madre se estrecha hasta que las aguas, contenidas entre dos rocas escarpadas, ruedan con ímpetu sobre un fondo pedregoso llegando cerca de Neuhausen, donde el Rhin forma una cascada de 70 piés de altura. Pocas perspectivas hay que puedan compararse con el efecto que produce esa catarata; el arte de la descripción no

sabía explicar fielmente el horrible caos de esa escena grandiosa. Los ojos contemplan con sombría atención esas largas espirales cubiertas de espuma, que se tuercen convulsivamente y surjen con estrépito en el seno de un desorden sin nombre, pero que un poeta ha sabido caracterizar llamándole un *Infierno de agua*. La impresión que deja en el alma esa imagen magnífica



El Neckar.

es de las mas profundas; es una de esas armonías naturales que revelan elocuentemente el poder infinito de Dios y la flaqueza del hombre.

De Lauffen, donde se encuentra la cascada del Rhin, hasta Basilea, en una extensión de treinta y tres leguas siguiendo las orillas del río, el viajero tiene muy poco

que observar, y lo mismo sucede entre esta última ciudad y Manheim. El Rhin, corre por esos sitios, entre dos riberas cultivadas, de modo que el paisaje es monotonó. Además, la comarca bañada por el Rhin no presenta el mayor interés histórico; se encuentran en ella pocas ciudades célebres, pocas ruinas de la edad media

y por último escasean también esas bellezas que seducen al poeta y al artista. Por consiguiente, el viajero deberá preferir al curso del río, el camino que le lleva directamente de Basilea á Heidelberg, donde encontrará los interesantes monumentos que encierra esta población, como el castillo, obra del siglo XIV, que fué la

residencia de los condes palatinos del Rin, y cuya sombría antigüedad contrasta gravemente con el aspecto de una naturaleza siempre tierna. Entre Heidelberg, el Rin y Manheim hay un camino de hierro. Aunque la parte pintoresca del río no principia sino en Maguncia, el viajero puede embarcarse en Manheim lo que permite saludar de paso la antigua ciudad de Worms, situada en una tierra clásica, porque ha sido el teatro de las hazañas de las armas romanas, la residencia de los reyes francos, y por último el lugar donde se reunieron dietas famosas en los anales de la edad media.

Worms es como el vestíbulo de Maguncia. Cuando se ha visitado ya esta ciudad tan llena de recuerdos, el viajero se encuentra como identificado con la historia de Maguncia que tuvo los mismos destinos, aunque en mayor escala. Guerrera y docta, ilustre en las artes, floreciente por su industria y su comercio, Maguncia ejerció largo tiempo una supremacía sobre las otras ciudades del Rin, y se elevó al colmo de la prosperidad y el poderío mandando sus príncipes obispos en los siglos XIII y XIV y á principios del XV. Este período histórico, el más brillante de los fastos de Maguncia, es al mismo tiempo uno de los más curiosos y animados de la historia general de las poblaciones germánicas esparcidas por las orillas del Rin, pues comprende una de las épocas más terribles del feudalismo, para los habitantes de aquellas riberas; á este período de movimiento notable por tantas luchas y tantas vicisitudes poéticas, se debe pedir la llave de los monumentos y de las tradiciones que subsisten aun y que imprimen á esa comarca un carácter triste y compasivo.

Saliendo de Maguncia el Rin descubre una curva inmensa que para en la altura de Elfeld, después de haber bañado un valle de una admirable fertilidad. Llegado á este punto, sus orillas cambian de aspecto súbitamente, altas y escarpadas vertientes se elevan sobre las aguas, y sobre sus cúspides se descubren montes sombríos; de distancia en distancia se ven las ruinas de muchas fortalezas que el feudalismo construyó como nidos de águilas á la punta de las rocas, y que servían para que los caballeros ladrones cometieran impunemente sus fechorías. Ese sistema de rapiña que prevaleció en los países feudales en la edad media, no fué tan opresivo en ninguna parte como en Alemania, y sobre todo como en las orillas del Rin, que los bandidos nobles de la época parecían haber incorporado á sus dominios. Semejante usurpación creaba en su beneficio derechos excesivos que explotaban bajo la protección de sus inexpugnables fortalezas. El remedio de tales abusos debía salir en fin del mismo exceso de males que ellos engendraban, y á mediados del siglo XIII llevó un gran golpe la dominación feudal sobre las orillas del Rin, gracias á los esfuerzos combinados de las poblaciones que mas sufrían.

La siguiente narración, tomada de los anales que consagran el recuerdo de aquella resistencia heroica, nos ha parecido muy á propósito para dar á conocer las particularidades más notables relativas á los lugares que debemos recorrer todavía en estos artículos.

Mas abajo de la ciudad de Bingen, y sobre la orilla izquierda del Rin, se ve una roca de una altura sorprendente al mismo borde del río. Esta imponente masa á la que han dado el nombre de Rheinfels á causa de su posición, se halla coronada en su cúspide por unas ruinas majestuosas que, aun en su estado actual, dejan adivinar uno de los castillos fuertes más temibles que dominaron la línea del Rin. En su origen, esta construcción sirvió de retiro á una comunidad de religiosos, pero á mediados del siglo XIII, un conde de la casa de los Katzenellenbogen, muy poderoso en el país, arrojó de allí á los frailes y transformó el asilo de paz en una ciudadela. El conde era un hombre duro y malvado que unia á una avaricia sin límites una injusticia odiosa; se había hecho aborrecible en aquellas cercanías tanto por los malos tratamientos que daba á sus vasallos como por las iniquidades que cometía á fin de aumentar sus riquezas. Los frutos de sus rapiñas le habían hecho y atan opulento, que se le llamaba por todas partes *Dieter el Rico*. No se podía citar de él ningún rasgo generoso; sus buenos sentimientos habían sido sofocados en su corazón por la avaricia. De este modo, al ver que se establecía en una posición fortificada, todo el país se consternó, pues se suponía que allí había de aumentarse su audacia.

Sin embargo, nada era tan miserable como la vida de ese rico que atesoraba solo por el placer de atesorar; habíase casado en su juventud con una mujer dotada de todas las virtudes que á él le faltaban. Buena y caritativa, la condesa lamentaba vivamente los males que su marido esparcía en torno suyo, pero dominada por el ascendiente del conde, no podía poner ningún remedio; esta fué la primera causa que la alejó de su esposo, ó más bien de su amo, pues este la esclavizaba tanto, que la pobre mujer se hallaba reducida á enviar la suerte de sus criadas.

De este mal matrimonio nació una hija que, desde su más tierna juventud hizo presagiar en ella los sentimientos bajos y perversos de su padre. Este nacimiento enfadó al conde que desaba un heredero que perpetuase el nombre de los Katzenellenbogen, de modo que miraba á su hija con tal resentimiento, que la pobre niña sufría á cada instante sus rigores. Bajo la influencia de una educación mal dirigida, y de una severidad que no hacía más que irritar el carácter violento y vengativo de la joven, todas sus inclinaciones perniciosas se desarrollaron rápidamente á pesar de la vigilancia maternal, y bien luego llegó á ser para todos los

que la rodeaban un objeto de odio, y para su madre un motivo de amargos sentimientos. Dios no quiso enviar al conde un heredero masculino hasta mucho después que había sufrido los vicios de su hija, y aun aquel favor de la providencia debía ser una agravación del castigo. El niño, en efecto, mostró desde su primera infancia, el germen de los vicios más contrarios á la avaricia de su padre, y estas disposiciones que el conde adivinó al momento, le causaron angustias infinitas que emponzoñaron la alegría de tener un hijo.

En cuanto se vió al abrigo detrás de sus sólidas murallas, el conde Dieter, como se había previsto, continuó con mas descaro sus rapiñas. El fuerte terraplen del Rheinfels, que domina el paso de San Goar, donde el Rin presenta el aspecto de un lago delicioso, hace además de aquella roca como la llave del hermoso valle de Muhlenthal donde continúa la fertilidad del valle de la Nahe. El conde exigió tributos en toda esa comarca, y sobre todo, los habitantes de las riberas hubieron de sufrir mil vejámenes de parte de los amos de Rheinfels. La navegación sobrecargada ya por un sistema de peaje que arruinaba al comercio en beneficio de los señores, quedó gravada de nuevos derechos al paso del Rheinfels. Estos impuestos inicuos se cobraban de un modo vejatorio sobre todos los barcos sin distinción. De aquí resultó un descontento general entre todas las industrias interesadas en la navegación, y el nombre de Dieter el Rico, fué execrado de Bingen á Boppard.

Entre los religiosos que el conde había expulsado del Rheinstein, había uno que no había querido seguir á sus hermanos á la abadía de Siegburgo, y que se había establecido en una choza al otro lado del Rin sobre la montaña que domina San Goarshausen.

Allí vivía en la práctica de una vida devota y austera. Los campesinos de las cercanías le buscaban á menudo porque sus conocimientos en agricultura les proporcionaban útiles lecciones sobre el cuidado de las viñas, una de las grandes riquezas del país. En las frecuentes conversaciones que tenían los labradores con el buen cenobita, no dejaban de manifestarle su enemistad contra el Rico maldito que, con su insaciable avaricia, agotaba todas las fuentes de prosperidad que había creado la industria en el seno de una naturaleza ingrata. Pero Kuno (este era el nombre del religioso) les predicaba la paciencia y la resignación, prometiéndoles que el Señor abriría un día los ojos del conde Dieter, y haría entrar en su corazón los tesoros de mansedumbre y de justicia que rebotaban en el alma de su esposa, la condesa. De este modo trataba Kuno de calmar aquellos espíritus irritados, dándoles el ejemplo de la moderación y la dulzura.

Había entonces en Orben un pescador llamado Schaff que había tenido muchas reyertas con las gentes del conde sobre el pago de los derechos de pasaje, y que aborrecía tan profundamente al señor de Rheinstein, que no podía disimular sus sentimientos, y concitaba los ánimos de todos aquellos á quienes Kuno quería infundir la resignación y la prudencia. Dieter llegó á saber los manejos de aquel vasallo rebelde, le mandó prender y le hizo arrojar en uno de los fosos del castillo. Esta crueldad excitó una viva emoción en la comarca, no porque ese acto de rigor fuera una cosa nueva, sino porque Schaff pasaba por un hombre honrado, pero era tan grande el terror que inspiraba el conde, que nadie se atrevió á levantar el grito en favor de la víctima.

Sin embargo, aquella misma tarde, unos pescadores acababan de arrojar sus redes cerca del banco de Lurley.

— Muchachos, dijo una voz que parecía salir de las aguas, dentro de poco el que debe venir vendrá, y no tardará; el arco de los fuertes será roto, y los débiles serán fuertes.

La voz calló, pero un rato después prosiguió diciendo:

— Levántense aquellos que quieren el reinado de la moderación y de la justicia, y vengan al valle de Erenthal donde han de reunirse los justos y los fuertes.

Al acabar estas palabras, la voz se puso á cantar con un acento salvaje

« Rin poderoso, despierta tus ecos, y sopla en el corazón de tus hijos el valor de los héroes. »

Y el eco de Lurley repitió siete veces las últimas palabras de ese canto, que se perdieron en las profundidades de Lurleysberg.

El misterio de esta aparición infundió un terror extraordinario á los pescadores.

— A fe mía, dijo uno de ellos, es seguro que la Virgen de Lurley nos arroja sus maleficios. Recojamos nuestras redes y vámonos, pues quizá nos empujaría con su aliento sobre el Gewir, donde quedaríamos sumergidos con sus hechizos.

— ¡Silencio, cobarde! contestó otro de los pescadores con arrogancia. ¿No sabes que la Virgen no ha cantado nunca más que palabras de amor, y que ahora acabamos de oír un canto de guerra? ¡Por san Werner! ¡si es el arco del Rico el que debe romperse, así sea! ¡Y no se dirá que Wolke, el pescador de San Goar, no ha sabido más que maldecir á ese condenado!

— ¿Y qué quieres hacer? repuso el primero.

— La voz que nos hablaba de fuerza y de justicia, es una voz del cielo. Iré á Erenthal, dijo Wolke firmemente resuelto.

En vano trataron de disuadirle sus compañeros; Wolke se negó á ceder, y recogiendo sus redes llevó su barca hasta San Goarshausen donde ganó la tierra. Las sombras de la noche habían borrado ya los objetos;

solo se distinguía la negra masa de las montañas, destacándose sobre un cielo sin transparencia. Wolke se metió en el estrecho sendero que conduce á Welmich, y poco después se halló á la entrada del valle de Erenthal.

La silvestre fisonomía de aquellos lugares estaba cubierta por la sombra, pero el recuerdo de las historias terribles que se contaban como acaecidas en aquel valle, bastaba para helar la sangre en las venas del pescador. Un momento se detuvo indeciso sobre el camino que debía seguir, pero de repente oyó á corta distancia la misma voz que había resonado cerca del banco de Lurley, que decía:

— El valor tendrá su recompensa; hemos de ser pacientes y valerosos á fin de ganar el premio que se nos promete. Marcha, marcha por el camino en que te guía el sentimiento de la justicia.

¡La voz se calló! Wolke siguió adelante en la dirección en que la voz le llamaba. Su pié mal seguro tropezaba á cada paso sobre aquel terreno desigual é inculto. Alucinada su imaginación un instante con las creencias de aquel tiempo, se creyó el juguete de uno de esos genios que seducen á los hombres para perderlos; ya distinguía á la extremidad del camino una mano que le alargaba algún pacto diabólico que entregaría su alma cristiana al espíritu de las tinieblas.

Bajo la impresión de estas ideas detuvo su marcha, pero al punto la voz misteriosa le gritó:

— Pararse cerca del fin es flaqueza; ¡recuérdate de Dieter!

A este nombre, Wolke se reanimó como por encanto, y continuó su marcha mas de prisa, como si hubiera querido alcanzar al guía invisible que le dirigía, pero le era imposible distinguir ninguna forma en medio de las profundas tinieblas de la noche. Por fin llegó á un punto en que pudo descubrir á su izquierda un camino hondo abierto en la roca, encajonado entre las primeras cuevas de Thurmberg y entre un banco de rocas. El sendero se inclinaba hacia la entrada de una ancha boca, de cuyo interior se escapaban algunos resplandores de una luz vacilante. A beneficio de esta luz Wolke vió entrar bajo la bóveda á una mujer joven y hermosa y cuyo traje le pareció estrambótico. El pescador no sabía que pensar de todo aquello, pero sin embargo marchó hacia la caverna. Cuando estuvo cerca ya, la luz se apagó, y una mano le cogió por un brazo y le arrastró á la gruta.

Por el aire húmedo y frío que sintió en el rostro, Wolke pudo juzgar que se hallaba en una de las canteras que se explotan de tiempo inmemorial en aquel valle. Una voz grave le dijo con energía en las tinieblas:

— ¿Qué quieres tú aquí en la asamblea de los justos y de los valientes?

Wolke comprendió entonces que se hallaba en aquella reunión de hombres fuertes de que le había hablado la voz de Lurley, y respondió con acento firme:

— He venido, por el aviso que recibí del cielo, para reunir mi sentimiento al de los hombres valerosos que quieren la pérdida del Rico, y una justicia mas exacta por parte de los amos que arruinan este territorio.

— Bien dicho, repuso una voz breve; ¿quién eres y qué pruebas puedes darnos de tu sinceridad?

— Me llamo Wolke y habito en San Goar. Ya que me aseguráis que estoy aquí en una asamblea de hombres, si hay alguno entre vosotros que me conozca, le desafío á que diga si mi nombre es el de un traidor ó cobarde.

— Creedle, añadió una voz.

— Basta, repuso el primer interlocutor. Escucha, Wolke, no es que no tengas tú como tus hermanos justos motivos de odio contra el orgulloso amo Rheinstein y contra toda esa raza de opresores que asesinan á los pobres habitantes del Rin; ya es tiempo de enseñar á esos tiranos que el hombre no será fuerte por su fuerza, y que si ellos tienen en su favor sus armas y sus murallas, nosotros tenemos el derecho y la justicia, y Dios está por nosotros. Si quieres que se acabe el reinado de la impiedad, ven con nosotros, serás nuestro hermano: necesitamos hombres valerosos, el número de ellos poco importa. Jura por tu redención, que no descansarás hasta la completa exterminación de esos ladrones que se han hecho nuestros amos.

— Lo juro, dijo Wolke con voz solemne.

— Está bien, ahora vas á conocer á tus hermanos. Amaos y ayúdaos los unos á los otros.

A estas palabras, una luz que había estado oculta durante esta conversación, iluminó repentinamente la cavidad en que pasaba la escena, y el pescador pudo notar entonces que el hombre que le había dirigido la palabra llevaba el rostro enmascarado. En torno suyo había unos treinta individuos que parecían mineros ó trabajadores de las canteras. Todos aquellos hombres manifestaban un profundo respeto por el enmascarado, cuyo aire y lenguaje anunciaban que pertenecía á una clase superior á la de ellos. Sucesivamente fueron acercándose á él, y le dieron un apretón de manos con una efusión inspirada sin duda por el entusiasmo que rebotaba en sus corazones.

Sin embargo, Wolke se distrajo de la escena principal por un objeto no menos simpático para él. En tanto que los hermanos pasaban por delante de su jefe, la joven que había permanecido en un rincón, se acercó al hombre enmascarado, y viendo que se disponía salir hizo ademán de seguirle. Los rayos de luz que dieron en el rostro de la joven, iluminaron una belleza maravillosa, y cuyo tipo realzaba la energía y la nobleza. Su traje, de una forma original, realzaba su

gracia y elegancia. La presencia de aquella joven no producía la menor sorpresa entre los conjurados, y ella por su parte se cuidaba únicamente de mostrar la mayor sumisión y respeto al hombre enmascarado. En cuanto el desconocido salió de la caverna, la joven se lanzó detrás, ligera como un gamo, y es de presumir que tomando la delantera le sirvió de guía por el inculto valle de Erenthal, cuyas salidas la eran familiares.

Wolke permaneció largo tiempo como encantado con aquella aparición, fijos los ojos en la boca de la gruta y en una inmovilidad que atestiguaba la impresión que había producido sobre él aquella fantástica criatura.

En este momento, uno de los hermanos que parecía tener alguna autoridad, se acercó al pescador, y le dijo:

— Hermano, cada uno de nosotros representa aquí la enemistad de una de las poblaciones vecinas. Tú se-

rás el jefe de la milicia que esperamos de nuestros hermanos de San Goar; anda y recluta muchos soldados para la buena causa, ¡adios!

Perlas artificiales.

Han llegado recientemente á Londres algunas de las conchas raras que los naturalistas llaman *mya margaritifera*, y en las cuales saben los chinos producir perlas. Estas pueden adquirirse únicamente en las inmediaciones de Ningpo, y hasta hace muy poco no se ha sabido nada de positivo sobre la manera como estos animales crean las perlas, pues la explicación de sir José Banks era muy dudosa. El vapor *Hermes* ha sabido aprovechar la ocasión, en una visita reciente á aquella plaza, de adquirir algunas conchas aun vivas,

en las cuales se descubrieron perlas que se hallaban en el estado de crecimiento. Las conchas mandadas á Londres no contenían solo perlas, que estaban pegadas á la concha. Parece sin embargo que aquellas se forman también echándoles los chinos entre las valvas pedacitos de madera ó antilla quemada, lo que interrumpe al animal en sus funciones domésticas y le motiva que trate de asimilar los objetos desagradables para él. Esto lo efectúa untándolos con una mucosidad parecida al nácar, que se endurece paulatinamente.

Con frecuencia se echan también entre las valvas unas figuras pequeñas de metal, que despues de haberlas rodeado el animal con su preciosa capa, se consideran como talisman. Estas figuritas representan por lo comun al dios Buddha en una posición sentada, siendo esta la favorita en que se le suele representar. Muchos ejemplares de aquellas conchas han sido conservadas en espíritu de vino, y por entre sus aberturas pueden notarse las perlas á medio hacer.

El camino de hierro del Pacífico.

Todo lo que es grandioso halla en los Estados Unidos no solamente admiradores, sino también en la ocasión millares de accionistas.

En algun pueblo de Europa, en Francia por ejemplo, todo proyecto colosal, toda empresa grande parece por de pronto absurda y se ridiculiza, mientras que los inventores prueban en otra parte su posibilidad, á menos que no sea robada la invención á su autor: *sic vos non vobis*.

El proyecto del camino de hierro que debe reunir las principales ciudades de los Estados Unidos con San Francisco preocupa todas las inteligencias de aquella República.

Esta via tiene por objeto el acercar á San Francisco al centro de los Estados Unidos, y el de poner al Japon y á la China á 28 ó 30 dias de Nueva York. El trazado que al parecer ofrece mas probabilidades de éxito parte del valle del Missisipi.

El ferro-carril remontará las márgenes del rio la Platte hasta el paso Bridger en las Montañas Pedregosas. El camino en tal caso bajaría al valle de la Crique-Britter hasta el rio Colorado. En seguida remontaría has-

ta Timpanogos para bajar hacia el gran lago del *Utah*. De allí se dirigiría la línea hacia el Oeste, atravesando los diversos establecimientos de los *mormones*, luego continuaria hasta el valle de los *Tulares*, y cruzaría por el Norte del valle de San Joaquin para llegar á San Francisco por el pueblo de San José.

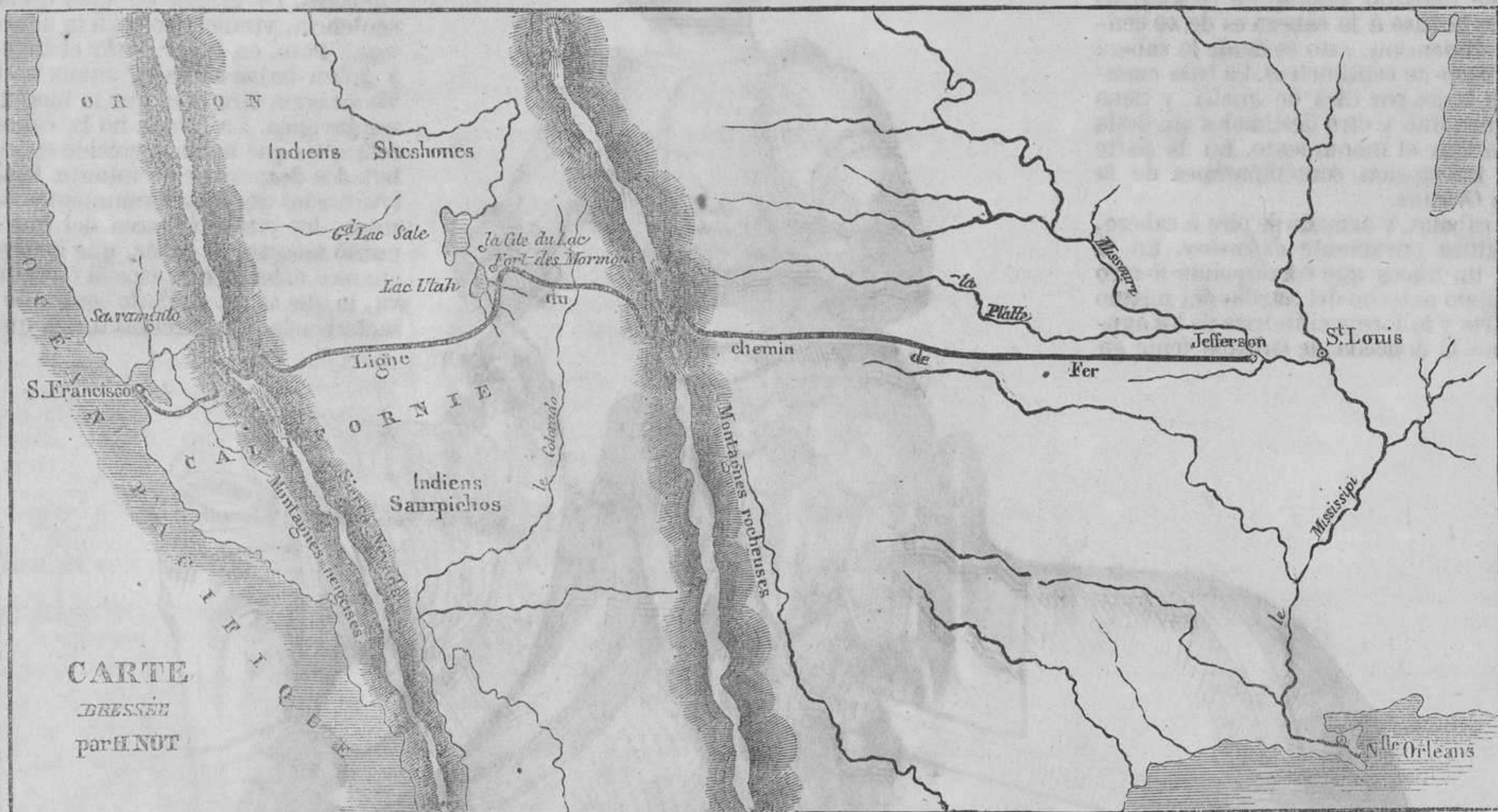
nitudo de la empresa. Las dificultades son grandes pero no insuperables; con buenos ingenieros y mucho dinero el proyecto se llevará á ejecución. Las distancias se dividen así:

Partiendo de Jefferson, la distancia que hay que recorrer hasta el pié de las Montañas Pedregosas es de 380 leguas. Desde este punto á la ciudad del Lago, establecimiento de los mormones, hay 90 leguas; de la ciudad á Sierra Nevada 280 leguas; de Sierra Nevada á San Francisco 140; total 890 leguas, es decir, poco mas ó menos la distancia que existe entre Paris y San Petersburgo.

De San Francisco á Sierra Nevada la distancia es de 140 leguas de á 4,000 metros, ó sean 560,000 metros. La altura del paso Bridger es de 2,100 metros; de suerte que suponiendo una pendiente uniforme será un poco mas de tres millas por metro.

Este proyecto tiene la ventaja de pasar por climas templados, no bajando del 40 grado de latitud hasta su entrada en California.

El espíritu americano sabrá vencer los obstáculos, y dentro de algunos años se podrá ver una obra que honrará á la gran república de los Estados Unidos.



Este gigantesco camino de hierro atravesaría un país conocido únicamente por los *Trappeurs*. Inmensos y feraces terrenos serian cultivados, y muy pronto se descuartaría una zona de muchas leguas á ambos lados del camino de hierro.

La carta que acompaña á esta noticia revela la mag-

Revista de la moda.

SUMARIO. — Se acabó el diluvio parisiense. — A donde van las golondrinas y á donde van los elegantes. — Nuevas consideraciones sobre la moda. — La apariencia en vez de la realidad. — De la mujer fea y la mujer bonita. — Definición de la mujer sorprendente y trajes de la mujer honrada. — Cuello llamado *Toison de Oro*. — Mangas á la Gabriela de Estrées, á la Luis XIII y á la moda de Ana de Austria. — Descripción del figurin de este número.

El diluvio parisiense se acabó, y Paris se pone en camino precipitadamente.

— ¿A dónde va? — Léjos y cerca, por todas partes. Las golondrinas se dispersan; allí donde hay un poco de verdura la golondrina sentimental y fugitiva se entrega á sus ilusiones amorosas que principia en el reino de las nubes; allí donde se baila, allí donde la moda triunfa en soberana, una orgullosa coqueta ostenta su lujo y espléndidos prendidos; allí donde el juego promete á los aficionados montañas de oro y de billetes de banco, acude con ansia el jugador elegante; por último, allí donde unas hermosas ruinas animan un paisaje pintoresco, allí corre el artista para alcanzar las inspiraciones del genio y de la gloria.

Ya sabemos, pues, á donde va la elegancia parisiense, y como supongo que mis lectoras me permitirán que no las siga á lugares tan distintos, pasaré á hablar de las modas actuales, de nuestros usos y costumbres. No siempre se ha de considerar la moda como una cosa fútil y ligera, la moda es mas seria, mas poderosa; la moda da á conocer nuestras costumbres, nuestras ideas y nuestros sentimientos, declara lo que somos y lo que valemos. La moda es hoy el reflejo de nuestro siglo... ¡la apariencia!... todo se sacrifica en el día á este infinitivo: ¡aparenciar! Los medios que para eso se emplean, nadie se cuida de ellos, nadie pregunta el origen de tal ó cual fortuna, ni de donde salen los costosos trajes y aderezos de tal ó cual

reina del día. Todo el mundo admira la hermosura, la riqueza, y todo el mundo estima al que posee sendas talegas.

A veces esa riqueza es efimera, pero ¿qué importa? las apariencias son siempre las mismas.

Gracias á la apariencia, ya no hay mujeres feas; la hermosura real está vencida, pues la mujer fea ha sabido crear un género de belleza artística, género fantástico que deslumbra y sorprende. Es como una decoración de teatro, es una hermosura que varia.

La mujer bonita en toda la acepción de la palabra acepta sencillamente la misión de ser bonita, y de seguro no salpicará sus largos párpados sedosos con un polvillo creado de intento para enardecer la mirada, no se pintará venas azules sobre sus sienes delicadas, ni usará el colorette y el carmin en las mejillas y en los labios. Por eso su marido la amará sin admirarla, pues conocerá que tiene por esposa una mujer bonita y no una cómica que desempeña un papel sorprendente cada día. La *mujer sorprendente* es un tipo de nuestro siglo XIX; toda mujer que no sorprende es una tonta; para sorprender á los elegantes de nuestro tiempo es preciso que una mujer abdique la modestia, el pudor, la castidad, en una palabra, que deje de pertenecer al sexo femenino; es preciso que monte á caballo, que fume puros, que se vista como una volatinera, con todos los oropeles de la moda, que adopte un lenguaje masculino, que se burle de la opinión pública, en una palabra, que haga reír siempre.

La mujer honrada es fastidiosa por lo comun; los hombres la encuentran fria, meditabunda, atrasada en ideas; es una tontería llevarla á paseo á los sitios públicos donde reina la elegancia y el lujo, debe quedarse en casa á cuidar del puchero y de los chicos. La mujer honrada se halla desterrada del gran mundo, y yo no se como me atrevo á tomar su partido, sino es para hablar de sus trajes y adornos. El traje de la mujer honrada tiene un cierto perfume delicado y modesto como el de la violeta. Cuando es rica lleva para casa un peinador de muselina con florecillas; la falda tiene cuatro volantes, que rematan en una cinta color de lila; sobre la cinta se ven de distan-

cia lazos de muselina, ribeteados con cinta color de lila. El corpiño lleva faldetas muy altas con el mismo adorno de la falda, y va cerrado sobre el pecho con un grueso lazo color de lila, con puntas flotantes; un lazo igual va en cada manga, y dos por detrás sobre la faldeta ahuecada.

Para carruaje ó para paseo, se gasta un vestido de tafetan color de malva, con falda de cuatro volantes formando ondas graciosas, entre las cuales se descubre una ancha hoja cortada en terciopelo color de violeta; sobre cada onda va otra hoja semejante; las mangas llevan cuatro volantes como los de la falda. Es imposible imaginar un adorno de vestido mas original y elegante.

También se usa el tafetan azul celeste con cuatro volantes cortados en ondas puntiagudas, pero estas ondas son de tul negro un poco tieso, con rayas de terciopelo negro ó un poco azul. Al rededor de la onda va una puntilla de encaje de Chantilly; las mangas llevan cuatro volantes, cortados como los de la falda; el corpiño aplastado y con faldetas, lleva tirantes de encaje de Chantilly.

Los tirantes de cinta ó de encaje dibujan bien el talle, pero por esa misma razón no todas las mujeres pueden llevarlos.

La mujer honrada puede libertarse de las vulgaridades de la moda, sin dejar por eso de ser elegante; todas las cosas tienen límites, la originalidad mas que ninguna.

Voy á señalar como una cosa original el cuello y las mangas *Toison de Oro*.

Nadie conoce aun este modelo: es un cuello de hilo bien lustroso y bien almidonado, con dos puntas muy agudas que caen sobre el pecho. El cuello va cerrado con una cadenita de oro sostenida á cada lado con un boton de malaquita; un poco mas abajo cuelga otra cadenita, luego otra, y luego otra; la cuarta, que sujeta las dos puntas del cuello, es mas grande que las otras. Las cadenas se van abriendo y describen una curva redonda; el camisolin de este cuello es de jaconas muy fino con muchos plieguecitos calados; las mangas son también

de jaconas, y llevan un puño alto, de la misma tela del cuello, que se cierra con dos puntas como las de aquel, con cuatro cadenas de oro y ocho botones de malaquita.

Hablarémos un poco de mangas; tres modelos se disputan el triunfo, á saber: las mangas Gabriela de Estrées, — las mangas Luis XIII, — y las mangas Ana de Austria.

Las mangas á la Gabriela de Estrées se componen de cuatro afollados de organdi, con florecillas de lis; los bordados de Valenciennes llevan en medio medallones incrustados, formando como un bajo relieve; los cuatro afollados se hallan divididos por un entredos de encaje; la manga termina por abajo en un puño de encaje, que deja flotar sobre la mano un encaje de diez centímetros de alto.

Las mangas Luis XIII se hacen con cuatro guarniciones de guipure gótica; entre cada una de ellas flota una serie de lacitos de cinta muy estrecha sobre el encaje; estas cintas son de gasa blanca, azul, color de rosa, lila ó cereza, y se pierden

con una graciosa coquetería entre las guarniciones de guipure.

Las mangas Ana de Austria son de una anchura ordinaria, y van ricamente bordadas, y adornadas por dentro y por fuera del brazo con unos cuchillitos de encaje ó de tul; esta manga concluye por abajo en varios volantes de encaje; los contornos de cada cuchillo van marcados por una guirnalda bordada.

Pasemos ahora á nuestro figurin, que representa dos trajes para casa de campo y un traje de niña. La jóven madre lleva un traje de barege color de rosa con cuatro volantes que figuran una doble falda; los dos primeros volantes son muy altos, y van cortados con ondas guarnecidas de guipure, y los dos últimos, mas separados que los primeros, llevan tambien el mismo adorno. El corpiño es abierto con faldetas cortadas en ondas; mangas aplastadas por arriba, y terminadas en volantes; camisolin Watteau, mangas blancas á la duquesa, de muselina bordada; sombrero de paja de Italia con cuchillos de tafetan blanco; lazo batelera colocado encima del sombrero.

La niña de cuatro años que tiene de la mano lleva un traje compuesto de un vestido de muselina blanca con plieguecitos sobrepuestos; corpiño escotado con solapas y bandas bordadas; mangas cortas con volantes bordados; pantalones bordados y botitas verdes.

La jóven madre habla de su niña con una elegante que lleva un vestido de tafetan con anchos cuadros azul sobre azul; el corpiño es subido y se cierra con botones de piedras; las mangas se componen de un grueso afollado y de un volante; estas mangas son cortas, y por dentro van otras mangas blancas de tarlatana y de encaje; sombrero de paja de arroz, con guirnalda de rosas amarillas de crespon; por dentro lleva un adorno de blonda á cada lado de las mejillas, con botones de rosas amarillas sobre la frente; brazaletes de terciopelo azul, y botitas inglesas color de perla.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Pequeña estatua en bronce

DEL SIGLO XV, REPRESENTANDO A JUANA DE ARCO, LLAMADA POR OTRO NOMBRE LA DONCELLA DE ORLEANS.

Este monumento, que ha tenido á bien mostrarnos su propietario actual, M. Carrand, anticuario, es de bronce macizo fundido y reparado en el mismo molde sin empleo alguno de martillo. Pesa sobre 15 kilogramos: su altura desde la base á la cabeza es de 40 centímetros, y la otra dimension, esto es desde la cabeza á la cola del caballo tiene 30 centímetros. La base cuenta 21 centímetros de larga por diez de ancha, y tiene dos agujeros circulares, uno y otro destinados sin duda á recibir clavos para fijar el monumento. En la parte anterior se lee esta inscripcion contemporánea de la obra: *La doncella de Orleans*.

La heroína está á caballo, y armada de piés á cabeza, pero con una armadura puramente defensiva. En la mano derecha hay un hueco que corresponde á otro practicado en el ángulo externo del estribo del mismo lado. El diámetro corto y la forma cilíndrica de los agujeros manifiestan que la doncella de Orleans tenia en la mano su estandarte, símbolo religioso de su causa. Así es como fué representada en el croquis del escribano Fauquenbergh, trazado en 1429 sobre el registro del consejo (Archivos del parlamento en el palacio de Soubise, folio 15).

No tiene ni ha tenido nunca arma ofensiva. Ligeramente inclinada hacia adelante, la jóven guerrera se apoya al mismo tiempo hacia el lado derecho, como para ponerse en comunicacion con el espectador. El caballo tampoco está armado, ni es siquiera un caballo de batalla sino lo que vulgarmente se llama una jaca. Así se deduce no solo por la forma del animal sino por sus arreos y su marcha. Un casco abierto resguarda la cabeza de la jóven descubriendo la cara. Los cabellos no están dispuestos conforme á ninguna moda de las del siglo quince, si bien es verdad que la imperfeccion del trabajo no permite decidir en esta parte si están levantados artificialmente ó cortados por igual como es sabido que los llevaba la doncella de Orleans. La expresion de la fisonomía es sencilla y risueña, y el conjunto del monumento inspira y refleja á la vez un sentimiento de simpatía. No es Juana de Arco en el acto del combate lo que el artista ha querido representar. Esta heroína en el período que siguió á sus maravillosos hechos, excitó tal entusiasmo, que se vió honrada por un culto casi religioso. La gente de los pueblos á su paso se apresuraba á besarla las manos y la ropa, y los que no lograban hacer que ella tocara sus anillos ó cualquier otro objeto de su pertenencia, besaban en el suelo las huellas de su caballo. Hemos visto la prueba de las ora-



ciones públicas que llegaron á cantarse no solo en su honor, sino bajo su invocacion. En fin, su imagen fué colocada en las catedrales como se colocan los santos canonizados por la Iglesia. Estas últimas palabras están tomadas textualmente del acta de acusacion dirigida contra Juana de Arco por causa de herejía y brujería.

La composicion, la materia, las proporciones de nuestra estatua, y hasta los agujeros de la base, corresponden perfectamente á la idea que nos podemos formar de los monumentos indicados por dicho documento judicial.

Además de esto, la sentencia que condenó á la hogue-

ra á esta mujer inmortal fué pronunciada y ejecutada en la plaza del Mercado-Viejo de Rouen el 30 de mayo de 1431 quedando la memoria de la víctima durante venticinco años, pendiente de este fallo infame. En 1456 fué solo cuando Cárlos VII habiendo reconquistado la capital del reino y la de Normandía pudo mandar revisar el inicuo procedimiento para el cual habian prestado su funesto concurso algunos doctores de las dos ciudades. La Iglesia en 1456 declaró nula y viciosa la sentencia, vindicando así á la doncella de la difamacion legal. Pero, en lugar de ser el ángel adorado del pueblo á quien habia salvado, Juana no fué despues de esta vindicacion otra cosa que la inocente víctima de un error jurídico. La Iglesia no la canonizó, y los honores religiosos que habia merecido en vida no la fueron tributados despues de su muerte. Desde esta época fueron levantados algunos monumentos en obsequio de la heroína, los cuales difieren del que damos hoy en este punto esencial á saber, que generalmente la doncella aparece armada con espada ó alguna otra arma ofensiva, lo que es un atributo constante y necesario para caracterizarla. Las circunstancias que acabamos de deducir parecen indicar

en cierto modo imperativamente, la fecha precisa de 1430 como la única en que pudo ejecutarse la obra de que vamos hablando. Sin embargo, el aspecto arqueológico del monumento, sobre todo la forma del calzado llamado de pico de pato nos obliga á creer que su ejecucion pertenece á la época de Cárlos VIII. En efecto, á consecuencia de un edicto de este príncipe, y por una de esas reacciones tan frecuentes en la historia de la moda, fué como esta forma remplazó de pronto á las puntas agudas que habian reinado en los tiempos de Cárlos VII y de Luis IX.

Para conciliar las dificultades del problema á que este monumento dará lugar entre los anticuarios, nos inclinamos á creer que el bronce en cuestion es una copia ó reproduccion rejuvenecida de una obra mas antigua, ejecutada en vida de la heroína, y en las circunstancias que hemos recordado. Esta copia ha podido ser hecha, no para tributar á la doncella el culto de los santos, sino para honrar su memoria, colocando su imagen en una coleccion de retratos ó figuras históricas. Ahora bien, se sabe que este género de colecciones existia ya, y debia empezar á extenderse; porque habia una desde el reinado de Cárlos VI en el castillo de Bicetre, cerca de Paris, en la casa de Juan, duque de Berry, muerto en 1415. Además, nuestro objeto principal publicandol aquí este dibujo, y las líneas que le acompañan, es de revelar este monumento desconocido á la curiosidad, al interés de todos, y especialmente á las investigaciones de la crítica.

A. V. V.